

Geosímbolos venturosianos en el Huila

Nayibe Anacona Aldana.
Diciembre 2015.

Universidad Surcolombiana.
Huila.

Trabajo de grado para optar a título de licenciado en Educación Básica con
Énfasis en Humanidades y Lengua Castellana

Copyright © 2015 por Nayibe Anacona. Todos los derechos reservados.

Dedicatoria

La admiración a la resistencia de ASOQUIMBO me motivó a reflexionar la región, el Departamento y mi proyecto de vida, de tal manera que este primer paso se lo quiero dedicar a las personas que han hecho sus aportes a la identidad, la literatura y la resistencia del Huila.

Abstract

Researching the Latin American literature has been an arduous task as evidenced Angel Rama, Enriquez Ureña, Antonio Candido, among others, just as Colombia, with the case of Seymour Menton and Antonio Curcio Altamar, among the most recognized, so it is important through critical study, recognize the works that generate impact on the regions and problems of isolation, are not known. In the case of Huila, Antonio Curcio Altamar in evolution of the novel in Colombia recognizes *the Venturosa* Ramon Sánchez Manrique within contemporary novels that sought to expose the horrors of civil war.

This novel within the framework of an identity without historical memory and built from the center, manages to generate interest in recognizing the legends, our history, our farmers, our writers, no resumes for creating textbooks area Spanish Language of Colombia and the different curricula of Huila.

Huila has a great mythical, archaeological, historical and literary tradition, little explored. The novel of Ramon Sánchez Manrique is an aesthetic expression of the battle of Matamundo during the Civil War of a Thousand Days and a literary work can bring many identity elements to Huila. Despite the fact, the study of the work has a great conflict with the lack of research and dissemination of the novel in the classroom del Huila, which will allow that students and future citizens are recognized in geosimbólicos, literary, cultural, humanities and arts elements of the region.

In this sense, this research aims to identify the geosímbolos of *The Venturosa* that the configured as a novel that finds the best of Huila, through documentary research in which will be reviewed and analyzed convenient theoretical materials to identify the named elements. In addition to the above, it is expected to reflect on the validity of the novel, its importance in the historical reconstruction of the Department, and the recognition that the work excites the imagination and curiosity about the beliefs and superstitions of a people who faced one of the wars Colombia's leading civilians.

Tabla de Contenidos

Introducción	1
Capítulo I Geosímbolos venturosianos.....	3
¿Qué es un geosímbolo venturosiano?	3
Clasificación de los geosímbolos.....	8
Capítulo II La batalla de Matamundo una realidad venturosiana	21
La guerra civil de los Mil Días y el Huila.....	21
La batalla de Matamundo y <i>La Venturosa</i>	22
Capítulo III Literatura huilense: de <i>La Venturosa</i> a los geosímbolos	26
Narrativa huilense: <i>La Venturosa</i>	26
Estado del arte.....	32
Geosímbolos literarios de <i>La Venturosa</i>	48
Referencias.....	67
Anexos	69
Aproximación biográfica a Ramón Manrique Sánchez	69
Sinopsis de <i>La Venturosa</i>	74
Vita.....	83

Introducción

La literatura huilense puede reconocerse como un espacio poco explorado, ya sea por la insularización del Departamento, como lo plantea William Fernando Torres, por la soledad y orfandad a la que ha sido sometida, como lo sugiere Jorge Guebelly o por la indiferencia que nosotros mismos cultivamos, como lo demuestra la realidad. En esta medida el gran cuestionamiento del por qué hay pocos aportes en la configuración que identifica a los huilenses y la literatura regional, es la pregunta de fondo de esta investigación, la cual intentará contribuir a los debates sobre la narrativa huilense desde el reconocimiento de *La Venturosa* como una obra que responde a las necesidades culturales del Huila.

Al ser *La Venturosa* el producto de la imaginación popular de todo el pueblo huilense, en la investigación se identificarán diversos geosímbolos pertenecientes a la región socio-cultural del Huila, viendo desde una perspectiva crítica a la vorágine de la modernidad y al mercado trasnacional, como los que han arrasado con la naturaleza, los imaginarios, las leyendas y las historias propias del Huila.

En esta investigación el lector podrá encontrar tres capítulos, el primero que conceptualiza teóricamente el geosímbolo venturosiano y a la vez lo clasifica desde tres dimensiones; en el segundo aparece el marco histórico de la batalla de Matamundo como geosímbolo venturosiano de la historia huilense y por último; el tercer capítulo presenta

aspectos relacionados con la narrativa huilense, el estado del arte de *La Venturosa* y algunos geosímbolos reflexionados desde lo literario.

Para finalizar, la investigación presenta las referencias bibliográficas sin las cuales este trabajo no hubiese sido desarrollado y dos anexos que pueden ser útiles para el lector.

Capítulo I

Geosímbolos Venturosianos

¿Qué es un Geosímbolo Venturosiano?

El geosímbolo venturosiano surge de la aplicación de la geografía cultural a la literatura huilense. Antes de hacer dicha aplicación, se parte del hecho que se ha avanzado mucho en los estudios de la geografía cultural, según Gilberto Giménez en *Territorio, culturas e identidades: la región socio-cultural*, principalmente sobre el territorio cultural, entendido como un lugar de escritura geosimbólica, donde el concepto de región se complejiza en comarca socio-cultural, el cual fundamenta la construcción de la memoria colectiva y los geosímbolos.

Para aplicar la teoría desarrollada por Giménez a la novela de Ramón Manrique Sánchez, nos sumergimos en el concepto de geosímbolo con el fin de encontrar las afinidades en la obra literaria, de tal manera que uno de los primeros conceptos que se discuten tanto desde lo instrumental-funcional como hasta lo simbólico-expresivo, es el de territorio planteado por Giménez como:

“... el territorio puede ser considerado como zona de refugio, como medio de subsistencia, como fuente de recursos, como área geopolíticamente estratégica, como circunscripción político-administrativa, etc.; pero también como paisaje, como belleza natural como entorno ecológico privilegiado, como objeto de apego afectivo, como tierra natal, como lugar de inscripción de un pasado histórico y de una memoria colectiva y, en fin, como “geosímbolo” (Giménez, 1999, pág. 29)

La necesidad de centrar la investigación en el territorio desde lo cultural y no desde lo económico, conlleva a hablar de lo simbólico-expresivo del espacio, y a la vez comprender al territorio como un “espacio de inscripción” de la cultura, entendiendo que la cultura: “... hace existir una colectividad en la medida en que constituye su memoria, contribuye a cohesionar sus actores y permite legitimar sus acciones.” (Giménez, 1999, pág. 32)

La proyección del territorio desde lo simbólico-expresivo en una escala micro se representa en la región socio-cultural, entendida por Giménez como: “... numerosos elementos geográficos –antropizados o no- o como símbolos que remiten a los más variados significados” (1999, pág. 41) permitiendo comprender que el trabajo de identificar espacios huilenses impregnados de un sentido histórico y de leyenda se corresponde con el reconocimiento de la escritura geosimbólica.

El geosímbolo como elemento que compone a la región socio-cultural ha sido muy estudiado, uno de los primeros teóricos que conceptualizó este término fue Bonnemaïson en 1981, y lo planteó como: “un lugar, itinerario, una extensión o un accidente geográfico que por razones políticas, religiosas o culturales revisten a los ojos de ciertos pueblos o grupos sociales una dimensión simbólica que alimenta y conforta su identidad” (Giménez, 1999, pág. 33) Giménez lo reflexionó de la siguiente manera: “Los símbolos cobran más fuerza y relieve todavía cuando se encarnan en lugares. En esta

perspectiva, la región socio-cultural se concibe como un espacio geosimbólico cargado de afectividad y de significados.” (Giménez, 1999, pág. 42)

Después de aclarados los elementos que componen la región socio-cultural, es preciso hacerlo con la literatura huilense. La primera aclaración parte del hecho que “La literatura no pertenece a ningún territorio, la literatura es o no es” (Monroy Zuluaga, pág. 3) y es a través de su característica rizomática que se generan tejidos con la historia, la ficción y la realidad:

“Novelar es crear una historia ficticia que se parezca tanto a la realidad, interior y exterior del hombre, que su encuentro signifique gozo, pero al mismo tiempo rabia, dolor, alegría, entusiasmo, recreación, envidia, conocimiento y reflexión y, un poco, el descubrimiento de aquel camino sin el cual la vida no tendría ningún sentido.” (Sánchez Suárez, 1987, pág. 53)

La segunda aclaración se da alrededor de algunas obras literarias que tienen “un acento de regionalidad que las hace trascendentes” (Sánchez, 1987, p. 20), de ahí que se reflexione la naturaleza de la literatura huilense desde la región presente o la región ausente. En *La Venturosa* sobresale la literatura con región presente, entendida como:

“producciones de escritores que nacidos o no en la región, han sido partícipes (de diversas formas) de su tradición cultural e histórica, y que no necesariamente expresan en sus obras el entorno inmediato. En estas producciones existen diferentes niveles de calidad estética, anacronismos o vanguardismos, pero lo que es tal vez más importante, revelan un trozo de los procesos estéticos y culturales del país.” (Monroy Zuluaga, pág. 9)

Para enfocarnos en la relación entre región-sociocultural y literatura huilense con región presente, partiremos de la reflexión de la siguiente pregunta “¿Cuándo un

conglomerado social comienza a configurar su mundo para convertirlo en literatura y cuándo ese conglomerado está presente en esa literatura?” (Sánchez Suárez, 1987, pág. 19).

La reflexión puede ser satisfactoria en la medida que entendamos que el Huila empieza a configurar su mundo como comunidad y como pueblo, cuando logra implicar sus costumbres, lenguaje, gastronomía, lugares y dinámica social en geosímbolos, y se convierte en literatura cuando estos geosímbolos pasan de un valor objetivo (valor de uso o de cambio, es decir lo cotidiano de la vida real) hacia un valor subjetivo que logra percibir los elementos de la cotidianidad como elementos literarios, de ahí que ese conglomerado esté presente en la literatura cuando se novelan los elementos.

Este proceso de configurar el conglomerado social, histórico, geosimbólico, mítico, cultural, ecosistémico, etc, en una reflexión y observación de la realidad y que además tenga la capacidad de volverlo estético en la literatura, es un proceso que se logra en *La Venturosa*.

De lo anterior se concluye que la aplicación de la teoría desarrollada al interior de la geografía cultural, se puede hacer en *La Venturosa* desde el reconocimiento del lenguaje popular, los paisajes, la historia, la flora, la fauna, las leyendas, el mundo mítico y la cultura propia de la región, como símbolos encarnados en los lugares nombrados en la novela y que están cargados de afectividad y significados, todo con el fin de conocer y

reflexionar la existencia de una huilensidad desde la historia, la cultura y la literatura con región socio-cultural presente.

Clasificación de los Geosímbolos

Dado a que la novela de principio a fin rescata el significado afectivo, identitario e histórico del territorio huilense, se identificaran los geosímbolos venturosianos, entendiéndose que el territorio huilense está “tatuado” por las huellas de la historia, de la cultura y del trabajo humano, de tal manera que se retomarán dos dimensiones planteadas por Giménez.

Dimensión ambiental

Desde la geografía cultural los “bienes ambientales” también deben considerarse “bienes culturales” y por ende formas objetivadas de la cultura, de tal manera, esta dimensión plantea el reconocimiento de las áreas ecológicas, paisajes rurales, urbanos y pueblerinos, los sitios pintorescos, las peculiaridades del hábitat, monumentos, la red de caminos y brechas, canales de riego y demás elementos de la naturaleza antropomorfizadas, como geosímbolos representativos del Huila y de *La Venturosa*

Ahora bien, los bienes ambientales vuelven a la novela un cuadro pictórico en movimiento, mostrando paisajes ecológicos propios del Huila en algarrobos y aves que configuran estos ecosistemas. Ramón Manrique logra que esos elementos naturales se antropomorficen y se puedan volver elementos para novelar, convirtiendo a los “bienes ambientales” en “bienes culturales”.

Estos son algunos de los bienes ambientales estetizados en la novela: *los Peñones de Opia* – “*Charco del Mohán*”, *el río Magdalena Llanos del Juncal*, *Guagua* actualmente *Palermo*, *Laguneta de San Cayetano*, *La Buitrera*, *El Saldaña*, *La Montañita*, *Los Blanquitos*, *La lomita*, *Quebrada el Madroño* (donde se bañaba Mariana desnuda), *Avichinte*, *Trapichito*, *Alivio*, *Hilarco*, *La Crinolina* (donde habían movimientos revolucionarios) *Ojo de agua*, *Garzón*, *Neiva*, *charco de las Lajas*, *Barzal*, *Matamundo*, *Vieja iglesia Colonial*, *Capillita de Santa Barbara*, barrios como *Cantarrana*, *El Truco* y *La Calle Real*, *Escobal*, *Sartenejo*, *Cuisinde*, *Santa Barbara*, *Las Quebraditas* y *Riolorito*.

Dado a que el ojo de agua es uno de los más importantes y edénicos, en la novela se presenta de la siguiente manera: “El ojo de Agua de donde se tomaba la del consumo de la hacienda, estaba unas cuadras más cerca que el San Cayetano, y su linfa era más pura y dulce, según decían”. (Manrique Sánchez, 2005, pág. 23)

Los árboles y plantas que constituyen estos ecosistemas son: *los Algarrobos*, los cuales aparecen con el fin de generar un elemento cronológico: “Cuando llegaba mayo, el bosque de algarrobos festoneaba sus copas con lindas florecillas azules, sobre las que goloseaban un enjambre de abejas con son monocorde y acariciador.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 22)

Los arrayanes, árboles que adornan el paisaje, ayudan a que lector se ubique dentro del espacio natural de La Venturosa¹ y a que el huilense reconozca la naturaleza en la que creció: “Más adelante, luego de cuestear la serrézuela de Los Blanquitos y adentrarse un buen trecho bajo un palio de arrayaneros, estaba la casa grande, la patronal.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 21)

Los siemprevivas silvestres, son presentadas como naturaleza que sirve de telón de fondo y de identificación con los paisajes propios: “La llanadita estaba cubierta de siemprevivas silvestres que alzaban al cielo sus pequeños pompones blancos y azules y morados sobre el oro apagado de los pajonales.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 22)

Los Písamos-Cachingos y los carboneros: Presentan el ecosistema que componía el sistema fluvial de La Venturosa, la fuente del San Cayetano, y lo presenta de la siguiente manera: “El San Cayetano era una corriente de agua retozona, rumorosa y empujadora que derrochaba frescura y claridad por sobre grandes lastras musgosas y bajo un palio de carboneros y písamos floreados” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 22).

Para el caso de *Las Catleyas*, plantas comunes en la zona urbana de Neiva, se pueden evidenciar los elementos poéticos que utiliza el escritor, “A ratos desmayaban de

¹ Se aclara que Palermo, Huila, Colombia, antes del decreto 290 de 1906, se llamaba Guagua y una las grandes haciendas liberales de este municipio era La Venturosa.

aristocracia y de colores las flores de mayo, reinas de los jardines reales, que la botánica llamó “catlejas”. ¡Lindo nombre!” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 22).

Las matas de lengüevaca, reconocidas como matas silvestres y para hacer emplastos, en algunas partes del libro están relacionadas con Ñor Ignorancias ya que: “Ñor Ignorancia sostuvo haber visto la Madremonte, toda vestida de hojas de lengüevaca, con su gran pollera vegetal, sus labios hinchados y sus colmillos como los del puerco” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 17).

Los cámbulos y los cañaduzales son presentados como parte de la recreación típica del paisaje, es de recordarse que la variedad de los cámbulos es muy común en Neiva, tanto que hay un barrio con dicho nombre: “En lo alto de una lometa, visible desde el corredor exterior de la casa patronal, y perdida entre cámbulos y cañaduzales, estaba la casa del arrendatario Marco Méndez.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 24)

Los chaparros, los diomates, los encenillos, los guarumos y los frailejones, a pesar de que estos árboles son típicos de los climas fríos y en la actualidad el clima de los lugares cercanos a Neiva son muy altos, en la novela se describe la hacienda conservadora a través de estos: “La Buitrera” alzaba sus farallones escarpados muy cerca de la casa patronal de “La Venturosa” Sus flancos aparecían poblados de chaparros, diomates y encenillos en las estribaciones; guarumos y cachingos más arriba y frailejones en la cumbre, porque allí hacía mucho frío” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 25)

Los Zazafrás, la altamisa, el almacigo, el paico y el llantén son plantas muy conocidas y usadas por los curanderos huilenses que a través del conocimiento tradicional aprendieron a manejar las plantas curativas: “Y aunque le miraran con cierto recelo mítico, los campesinos tenían fe ciega en sus curanderías que, por otra parte, no cobraba. La altamisa, el zazafrás, “el árbol de almacigo”, el paico, el llantén, etc., eran los ingredientes de sus pócimas y emplastos” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 29)

los chiminangos, aparecen en la obra para recrear los paisajes huilenses: “Incorporáronse los guerrilleros aterrados, sin comprender el motivo de la matazón porque no se habían dado cata de lo de la “coya”. Lloró en la alcoba el niño del posadero, con un llanto tan vago y apagado, que parecía traído por la brisa que venía del Aceite enredada en las ramas de los chiminangos...” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 164)

Los Guarumos y bilibiles así como los diversos árboles nombrados en la novela, recrean los paisajes huilenses intentando proponer una la realidad edénica: “Era este ojo de agua un pozo claro rodeado de helechos gigantes, de palmichas de tallos verdes y largos como báculos, y todo estaba sombreado por los altos guarumos y copudos bilibiles” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 24)

De esta manera, *La Venturosa* presenta una cantidad de árboles que recrean paisajes edénicos del Huila con usos farmacéuticos, en especial las zonas cercanas a

Neiva, estos son algunos de los nombres que aparecen: *mirtos, limoneros, cardos, crucetos, guáimaros, guácimos y salvajinas.*

Dado a que los árboles generan una simbiosis con los animales, se pueden encontrar los siguientes: *los zorros ulamáes, la mulita, el rucio salpicao, las culebras equis y cascabeles y el jején;* además, las aves que habitan estos grandes hijos de la tierra son, el *Búho o currucucú* (heraldo del mohán y el poira), *el Cao-cao* (preludia la llegada de la Candileja), *los Coclés, los Kaikas, el Perico-ligero, el Tente, el Tres pies* (Preludia la pasión y la muerte), *el Pájaro-Pollo* (avisa las presencias infernales), *las pechiblancas, los tornasoles, los paujiles, el piragua o choróla, el Puruguay o abuelita, los toches, el pitojui, el arrendajo, los azulejos, los cardenales, las grullas y las guacharacas.*

Dimensión etnográfica

Los diferentes rasgos de tipo etnográfico también configuran los geosímbolos dado a que son particulares de un territorio culturalmente definido, es decir que esta dimensión tiene en cuenta las diferentes prácticas culturales o pautas distintivas de comportamiento como: la vestimenta, las fiestas anuales, los rituales específicos que acompañan el ciclo de la vida (nacimiento, matrimonio y muerte), las danzas, la gastronomía y el sociolecto.

En las pautas de comportamiento dentro de la novela, se destaca la religión, que para los conservadores de generaba la identificación con el catolicismo y para los liberales con el ateísmo, satanizado por los conservadores. Algunos de los santos nombrados son Santa Bárbara, Nuestra Señora de la Valvanera, Madre del Perpetuo Socorro, San Isidro, Santa Teresa de Jesús, Santa María de Alacoque, Santa Teresita del Niño Jesús, Divino Paracelso, la Pura y la Limpia, San Jerónimo Bendito y la Oración al Justo Juez.

Las filosofías encontradas en la novela están en pugna permanente, la positivista contra la popular; las ideologías facciosas entre cachiporros y godos, los cuales al principio podían convivir en La Venturosa pero que luego se fracturaría por los vientos de guerra facciosa, develando de una forma suspicaz que no todos los personajes eran conscientes de las implicaciones ideológicas de ser de un partido o de otro, de ahí que la guerra hubiese pasado de postulados apasionados hacia afrentas personales.

Los conocimientos tanto científicos, civilizados y constitutivos del siglo XX como los tradicionales y populares que representan la barbarie, el engaño o lo increíble, son el otro elemento que conforman las pautas del comportamiento. De ahí que la lucha entre el conocimiento científico y las creencias, se expresa entre el personaje incógnito que llega del extranjero y que escucha incrédulo los relatos míticos de Don Víctor Hilario Altamira sobre la existencia del hijo del Mohán y la participación de éste en la Guerra de los Mil Días; las conversaciones sobre trasgos que tienen el doctor Altamira,

liberal, con el General Gasca, conservador; los sucesos sobrenaturales en La Venturosa con el caso de la persecución de Ramírez por La Candileja, la existencia de El Taitapuro, La Madre Monte, La Patasola, El Pate-palo, El Poira contrapuestos a la cruz, Santa Bárbara, nuestra señora de Valvanera, Divino Paracelso, La Pura y la Limpia o la Oración del Justo Juez. La intuición es un elemento indispensable en el conocimiento popular y que en *La Venturosa* la expresan las profecías de Ñor Ignorancia sobre el fin del mundo, los avisos de la naturaleza sobre un mal suceso como el aullido de los perros de Don Marco Méndez antes de la cogienda, el sonido de las aves agoreras y el llanto de un bebé. El conocimiento práctico se puede ver desde los emplastos que hace Ñor Ignorancia hasta los del farmaceuta Mardoqueo Rosillo para seleccionar las plantas que le servirán para cada una de las enfermedades que tendrá que curar.

Las fiestas tradicionales del Huila expresan las costumbres más nobles de las fiestas sanjuaninas y sampedrinas. La vestimenta es uno de los elementos que dentro de la novela se descubre a través de la descripción de Don Mardoqueo Rosillo, el farmaceuta, quien usa en las fiestas una ruana blanca de rayas azules y corrosca (sombrero aludo de paja), en cuanto a los trabajadores, se les describe con perneras y pantalón arremangado, agüinches (herramienta), quimbas (calzado rústico con suela de cuero sujeto por tiras), rabo de gallo, encajes, randeríos flamencos y las guruperas.

Algunas de las costumbres al interior de las fiestas del San Juan y del San Pedro en *La Venturosa*, se representan en los juegos como la “vara de premio” y en cantos en

tiempo de bambuco con repetición de estrofas. A continuación aparecen algunas de las rajaleñas que los campesinos de La Venturosa cantaban cuando celebraban las fiestas del San Juan entre “iiii, San Juan” con respuestas en coro de “San Juan”:

“Yo a veces quisiera
 ser chinguecito colorao,
 para poderte abrazar
 sin temor por lao y lao...” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 75)

Esta rajaleña además de mostrar elementos picarescos que generan identificación entre quien la canta y quien la escucha, tiene una variedad dialectal propia del Huila, ya que chinge significa vestido de baño, la cual le habla a un público en particular con la posibilidad que otros puedan entenderla.

“San Juan y la Magdalena
 Se jueron a trer limones,
 ¡Se jueron a trer limones!...
 San Juan dejó los calzones,
 ¡San Juan dejó los calzones!...
 De juida e los abejones,
 ¡De juida e los abejones!...” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 76)

Como se puede ver esta rajaleña expresa la picaresca de los carnavales huilenses en los cuales el erotismo es fundamental para representar la realidad cotidiana de los campesinos, de tal manera que el canto deja entrever que el santo San Juan, se humaniza para ir con una mujer llamada Magdalena a bajar limones, siendo esto la excusa para que al final de la historia aparezca desnudo huyendo de los abejones.

“La nochebuena sin queso
 Y el San Juan sin aguardiente,

Es lo mismo que una boca
Sin la lengua y sin los dientes...” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 77)

Dado a que en las rajaleñas la intencionalidad erótica es permanente, aquí se utilizan los elementos constitutivos de las fiestas tradicionales vinculados a la satisfacción del placer de comer y beber con la capacidad que tiene la boca de saborear y dejando entrever unas implicaciones profundamente eróticas con las figuras metafóricas que se pueden crear con esta parte del cuerpo.

“Con mi caballo y mi rejo
me siento más lisonjero
que el cura y el sacristán,
el DOTOR y el peluquero...” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 77)

Entre las diferentes rajaleñas que aparecen en *La Venturosa*, esta es una de las últimas que se retoma en la investigación dado a que se presenta los instrumentos de trabajo campesino, caballo y rejo, como algo que le da un valor agregado a diferencia del trabajo del cura, el sacristán, el doctor y el peluquero, evidenciando que el trabajo del campesino esta al mismo nivel e incluso por encima de los trabajos más nombrados y respetados.

Otro de los elementos geosimbólicos tratados en la segunda dimensión es el ritual que se hace alrededor de la muerte en *La Venturosa*, cuando en San Nicolás el Bermúdez estaba con Pepe Cuéllar y por hacerle una broma con las arañas coyas le hace ingerir heces, el General al darse cuenta de la burla lo castiga con la muerte. Después del hecho violento, Amaranto Bermúdez, hermano del occiso, cava la tumba de su hermano y le

dice “¿Ves? ¡Pa que no golvas a joder! ¡Buen Primor! Y ahora... ¿con qué le voy a salir a mi mamá?” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 164)

Los geosímbolos alimenticios narrados en *La Venturosa* son el culantrillo, el eneldo, el poleo, la cebolla cimarrona, el ajo y la yuca, sembrados por los campesinos, para el desayuno están los jurungos (envueltos de plátano), la zurumba (agua de panela), el tamal con chocolate como lo acostumbraba los domingos la conservadora misia Benedita, para el caso del almuerzo de los trabajadores en la casa patronal estaba el sancocho; o para las fiestas de San Juan estaban el aguardiente, la mistela, los bizcochuelos, el asado tradicional o la lechona.

En esta dimensión de los hechos culturales que *La Venturosa* rescata estéticamente, hay un interés particular de Ramón Manrique Sánchez por el habla popular de las localidades huilenses. En cuanto a la pronunciación están estas formas: *suspechar* por ‘sospechar’, *jondiar* por ‘colgarse’, *guipa* o *guambi* por ‘niño’, *zancas* por ‘piernas largas y delgadas’, *carimbas* por ‘cara’, *mamola* por ‘burla o engaño’, *oyi* por ‘oí’, *golví* por ‘volví’, *incontrar* por ‘encontrar’, *escuridá* por ‘oscuridad’, *quero* por ‘quiero’, *sonreya* por ‘sonreía’, *diay* por ‘de ahí’, *Micaila* por ‘Micaela’, *güeno* por ‘bueno’, *toíta* por ‘todita’, *dotor* por ‘doctor’, *naidés* por ‘nadie’, *aprisita* por ‘con prisa o afán’.

En cuanto al vocabulario se encuentran diversidad de palabras propias de la región como los nombres de plantas y frutos: *iguá*, *payandé*, *bilibil*, *tachuelo*, *guácimo*,

achira, carnero, lengüaevaca, algarrobos, arrayanes, siemprevivas silvestres, písamos-cachingos, salvajinas, catleyas, cámbulos, cañaduzales, chaparros, diomates y encenillos, guarumos, frailejones, zazafrás, mirtos, limoneros, carboneros, cardos, crucetos, chiminangos y guaimaro; de plantas farmacéuticas se encuentran la *campánula, la digital, la ruda, la febrífuga, la achicoria, el timol, la verbena, la zarzaparrilla, los líquenes, la hierba Sanjuanera, el llantén;* de animales están las *araña coya, las mirlas, las chorolas, las abuelitas, el chilacó, el cao, el pitojuí, los tucos o los cocuyos, las culebras equis y las pudridoras, los coclés, las kaikas, el perico-ligero, el Tres pies, el pájaro-pollo* (avisa las presencias infernales), *las pechiblancas, los tornasoles, los paujiles, la piragua o choróla, el puruguay o abuelita, los toches, el arrendajo, los azulejos, los cardenales, las grullas y las guacharacas,* se destaca el uso onomatopéyico en la denominación de animales como el Cuá-cuá-cuá por las ranas o el del currucucú para el búho. Finalizamos con las expresiones populares como *guindar* que significa ‘colgar’, ¡arrenuncio a Satanas! Enunciado de tradición católica, usado por los campesino para expresar miedo, “quede como mozo e cocinera” para expresar llenura, riyendo con yo que significa que algo o alguien se estaba riendo con el, Vide sentao un criaturo equivalente a vi sentado un niño, ¡Alabao sea Dios! Expresión usada por los campesino para saludar a la gente que llega a la casa patronal y se respondía ¡por siempre jamás!, en las fiestas sampedrinas las personas de Neiva decían “¡Chaaay...! ¡Caricho...! ¡Pero cómo está de revuelta la sociedadaaa...!” expresando su inconformidad por la desaparición de las clases sociales, “Rodillijunto patiapartao y sangolotiao, so ombliquiverde” eran expresiones para referirse a alguien desagradable, “Tenía centura de

avispa, anca de potranca arisca, con perdón de la comparencia”, eran los piropos o elogios que usaba Pepe Cuéllar.

Capítulo II

La batalla de Matamundo una realidad venturosiana

La guerra civil de los Mil Días y el Huila

Cada paso hacia la formación de repúblicas independientes en Latinoamérica estuvo marcado por las guerras civiles, en el caso de Colombia se dio la guerra civil de los Mil Días como la acumulación de diferentes guerras y malestares relacionados con el cambio de la Constitución de 1886. Con el fin de reconstruir el contexto de la guerra civil y los geosímbolos venturosianos que hay en ésta, partimos de lo que plantea la *Nueva historia de colombia*, sobre este suceso histórico. Según Jaramillo Castillo, uno de los primeros puntos de tensión dentro de la guerra era la toma del río Magdalena y del Departamento de Santander, elementos que garantizarían el triunfo de los liberales pero que nunca se logró en su totalidad. (1989, pág. 98)

Otro elemento en contra de los liberales era que el gobierno conservador tenía todo el poder financiero, bélico y social para luchar. De ahí que dicha realidad en el Huila se hubiese visto materializada en la toma que se intentó hacer al río Magdalena pero que fue infructuoso.

El Huila dentro de esta guerra civil de finales del siglo XIX se sostenía en una tradición fuertemente mítica, oral y paisajística, de la cual se legaron personajes representativos y

bellezas naturales, de ahí que un evento fundamental que marcó el futuro de los colombianos, también afectó el de los huilenses.

La batalla de Matamundo y *La Venturosa*

La guerra de los Mil Días a nivel nacional estalló en 1899, en el Huila en 1900, según lo narrado en *La Venturosa*. Las luchas facciosas entre liberales y conservadores ya despuntaban sus azarosos caminos desde el cambio de la Constitución de 1863, considerada una de las constituciones más liberales de Latinoamérica sino de todo occidente, la cual ayudaría a escribir el huilense José María Rojas Garrido, y que luego el presidente Núñez, cambiaría.

La Venturosa, novela que expresa estéticamente la situación social, cultural, mítica y política de la Guerra de los Mil Días, configura estéticamente “el Huila de principios de siglo, abrumado de atavismos y de mitos” (Sánchez Suárez, 1987, pág. 20) a través de un campesinado sumido en las facciones liberales y conservadoras, un patronazgo latifundista y la religión inquisidora. En la batalla aproximadamente murieron 300 hombres de ambos bandos, 350 heridos y 205 revolucionarios apresados, dejando como resultado, la pérdida de Panamá.

Las implicaciones de la guerra son estetizadas por Manrique Sánchez de la siguiente manera:

“Don Víctor Hilario pareció meditar un poco, y luego se refirió a la guerra de los Mil días, que despedazó y azotó el universo colombiano a fines del siglo y a las que azotarían al mundo en el porvenir, como adehala del camino de sufrimiento para lograr la perfección que para la humanidad ambiciona Dios. Dijo que el hombre como unidad era el resumen de la Humanidad y de los mundos. Como el escultor, debería tallar y embellecer los contornos de su propia estatua, a fuerza de golpes, cortes y tajos; a fuerza de lucha.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 154)

De igual forma, en la obra se encuentran las afectaciones de la incipiente economía cafetera que desde 1870 había empezado a prosperar, pero que por la crisis socio-política decayó a tal punto que se tuvo que empezar a importar. Las repercusiones de las actividades bélicas en la economía huilense son narradas por don Víctor Hilario Altamira a través de la carta que envía el extranjero Glauser al doctor Altamira, donde le cuenta los inconvenientes que ha tenido para negociar y transportar el café y el cacao:

“Pedro Cuéllar rendía a mi padre las cuentas del señor Glauser. Había llevado a Neiva diez cargas de cacao y traía malas noticias. En su larga carta, el señor Glauser hablaba de la baja en el mercado del café y del cacao por los rumores de guerra. Los bogas de los champanes que hacían el comercio con el Bajo Magdalena, se negaban a enrolarse por miedo a que los cogiera la tremolina lejos de sus querencias” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 64)

El análisis que hace el personaje narrador demuestra la fuerza que tuvo el hecho histórico para el país y aún más para el Huila con la batalla de Matamundo. A pesar de la importancia, el Huila tuvo que esperar hasta el siglo XX para que se condensaran las características de la historia en *La Venturosa*, dado a que la historia oficial no quiso registrar lo sucedido. Además, en la novela hay una división de la percepción que se tiene de la guerra durante el desarrollo de la narración. Mientras en Neiva la muerte ronda sin descanso entre los caballos y los generales, en *La Venturosa* ignoraban totalmente lo que

estaba ocurriendo en Neiva, ya que estaban a diez leguas y sus suposiciones por los sonidos que venían desde la ciudad, eran: el inicio del final del mundo, un terremoto como el del 75´.

“Mi madre recitó el versículo correspondiente:

-“Se han airado las naciones y Tu Ira es venida, y el tiempo de los muertos para que sean juzgados, y para que des el galardón a Tus siervos los profetas, y a los santos, y a los que temen Tu Nombre, a los pequeñitos y a los grandes y para que destruyas a los que destruyen la tierra de Ti, Señor Topoderoso...

Y luego con Jeremías:

-“... porque voz de trompetas has oído, ¡oh alma mía!, ¡pregón de guerra!...”” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 187)

De lo anterior, se colige que *La Venturosa* tiene elementos de la nueva novela histórica dado a que denuncia la versión oficial de la historia colombiana referida a la guerra civil de los Mil Días y la batalla de Matamundo, contando la otra historia tal como Ainsa lo plantea en *Nueva novela histórica² y relativización del saber historiográfico*:

“En la nueva novela histórica se vertebran con mayor eficacia los grandes principios identitarios americanos o se coagulan mejor las denuncias sobre las ‘versiones oficiales’ de la historiografía, ya que en la libertad que da la creación se llenan vacíos y silencios o se pone en evidencia la falsedad de un discurso” (Ainsa, 1996, pág. 10)

A pesar de las construcciones y transformaciones que se han dado desde dentro del Departamento, es evidente la pérdida de la memoria histórica; es por eso que la identidad creada desde el centro sea una realidad muy difícil de reemplazar sin una

² Este concepto es usado por los teóricos para describir un periodo claro en Latinoamérica, que parte con Alejo Carpentier, en la que no cabría *La Venturosa*, bajo ningún concepto. De tal manera que la nueva novela histórica se asume desde las características literarias que se pueden aplicar en algunas novelas que denuncian las versiones oficiales de la historiografía y permiten contar la otra historia.

educación culturalmente emancipada. Las tensiones se pueden solventar si antes se reconocen las leyendas, nuestra historia, nuestros campesinos, en fin, toda nuestra configuración cultural a través de la literatura para contrarrestar el proceso de olvido al que se ha visto sometido el huilense.

Es cuando creemos que *La Venturosa* se convierte en un acto de memoria histórica, ya que el lector tendrá el placer de ver una pintura en movimiento, además de reconocer sus costumbres, lenguaje, gastronomía, lugares y dinámica social en geosímbolos y luego en la literatura, cuando estos geosímbolos pasan de un valor objetivo (valor de uso o de cambio) hacia un valor subjetivo, donde los elementos cotidianos se vuelven literarios.

Para finalizar estas relaciones entre la guerra civil de los Mil Días y *La Venturosa*, se precisa que la novela reconoce la batalla de Matamundo a pesar que la historia oficial de Colombia no lo haga, evidenciando que la reconstrucción desde lo literario es muy importante para el reconocimiento del devenir histórico del huilense y del país.

..

Capítulo III

Literatura huilense: de *La Venturosa* a los geosímbolos

Narrativa huilense: *La Venturosa*

La interrelación entre la expresión de los hechos históricos a través de la literatura y el papel del escritor en la subsistencia de su pueblo, es importante para la trascendencia del ser humano sin importar las limitaciones que crea el contexto, de tal manera que la subsistencia del pueblo huilense de finales del siglo XIX es lograda por Manrique Sánchez en *La Venturosa*. De lo anterior se puede reflexionar el siguiente fragmento de *Pa que se acabe la vaina* de William Ospina sobre las relaciones entre historia y literatura: “somos un pueblo que subsiste en la historia y en la literatura por obra y gracia del escritor, con todos sus atrasos y virtudes, limitaciones y esperanzas.” (Ospina, 2014, pág. 228)

Jorge Guebelly en *Soledad y orfandad del hombre moderno en la poesía huilense*, también reconoce las implicaciones de la historia en la literatura. Lo desconciertan las condiciones sociales tan hostiles en las que intentan sobrevivir los huilenses y las riquezas naturales por las que se encuentran rodeados, de esta manera las necesidades espirituales y de trascendencia no son la necesidad primaria de la región, evidenciando

que la poesía y la narrativa se dan desde el subdesarrollo cultural, histórico, económico y artístico. (Guebelly, 1987, págs. 21-32)

Dicha relación entre historia y literatura a nivel nacional es evidente a lo largo de la historiografía literaria de Colombia, para el caso de la guerra civil de los Mil Días se sabe que se escribió una gran variedad de documentos históricos, cuentos, poemas, novelas, relatos, artículos de análisis, memorias, etc., tal como lo plantean Acevedo y Malte:

“Como sobreviviente a la Guerra de los Mil Días, Enrique Otero D’Costa no fue el único escritor interesado en relatar su experiencia. Tan pronto finalizaron los enfrentamientos, una amplia gama de textos fueron vertidos en letras de imprenta: cuentos, memorias, relatos, poesías, anécdotas, crónicas, novelas e historias empezaron a circular a lo largo y ancho del país. En el departamento de Antioquia la revista *Cascabel*, tras finalizar la batalla de Palonegro (en el Departamento de Santander), aprovechó el retorno de los soldados para abrir un concurso de cuento que versara sobre el regreso del recluta a su hogar, según lo refiere Gonzalo España. El concurso premió con su publicación los diez mejores relatos, en un libro antológico que apareció en 1901 con el título *El recluta*. En 1902 José María Vargas Vila publicó en Europa su novela *Los parias...*” (Acevedo Tarazona & Malte Arévalo, 2014, págs. 13-14)

Incluso, uno de los escritores colombianos más representativos, Gabriel García Márquez, en *Cien Años de Soledad*, presenta personajes novelados que participaron en la guerra civil de 1900, evidenciando el impacto del hecho histórico en la literatura colombiana.

En la historiografía literaria que hace Antonio Curcio Altamar en *Evolución de la novela en Colombia*, *La Venturosa* de Ramón Manrique Sánchez es ubicada como una de las novelas contemporáneas que:

“Procuraron exponer los horrores de la guerra civil (especialmente la de 1900): el magdalenense Aquileo Lanao Loaiza en *Leo Agil* (1934), utilizando una figura moceril y picaresca; Wenceslao Montoya en *La fiera* (1927), donde se pintan las <aberraciones políticas> y la vida parroquial, como en *Orgullo y amor*, del mismo autor; Gabriel Pachecho en *Maldita sea la guerra* (1947), y Ramón Manrique en *La Venturosa* (1947), apocalíptica <gesta de guerrilleros y bravoneles, relato de íncubos y súcubos, amores, trasgos y vestiglos>” (Curcio Altamar, 1957, pág. 260-261)

El planteamiento de Curcio Altamar exige revisar los elementos que vuelven a *La Venturosa* una expresión estética de los procesos sociales, históricos, económicos y culturales del departamento en la Guerra de los Mil Días. Según el artículo *Ramón Manrique Sánchez: El último Liberal Radical de Huila: 100 años no es nada* Tomo II, son los personajes inolvidables, manejo de la temporalidad, el tratamiento de un narrador y una técnica de narración desde la conciliación entre el lenguaje popular y el culto, lo que permite reconocer en la obra elementos estéticos propios de la novela. (Lasso, Forero, & Silva, 2008, págs. 135-137)

Para el caso de la historia y la literatura en el Huila, es a través de *Panorama historiográfico: El Huila y su literatura* de Díaz Rosero, uno de los pocos trabajos historiográficos sobre la narrativa huilense, que se destaca la guerra civil de los Mil Días como un hecho histórico importante del Huila y a *La Venturosa* como expresión literaria

de la época, pero que el desconocimiento de la obra siga siendo una constante, se puede entender según Ángel Rama por:

“La incomunicación interna latinoamericana es la que explica: primero, que las distintas regiones se vinculen y conozcan a través de centros extracontinentales – París, Londres, New York, y ya Moscú-; segundo, que las grandes figuras prolonguen su magisterio durante larguísimos periodos, dando desde lejos la sensación de que en sus países han cortado a ras la hierba para que nada nuevo crezca. Para muchos, Colombia sigue siendo José Eustasio Rivera –cuando no Arciniegas-, aunque desde entonces dos generaciones de escritores se han sucedido, y es bastante explicable –dentro de este general absurdo- que los nombres de Gabriel García Marquez o del áspero, trágico, realista Alvaro Cepeda Samudio, sean enteramente ignorados, del mismo modo que son ignoradas las aportaciones poéticas de Jorge Gaitán Durán, el admirable creador de *Amantes* –trágicamente muerto- o de Eduardo Cote Lamus o Alvaro Mutis” (Rama, 1982, 27-28)

En concordancia con *Panorama historiográfico: El Huila y su literatura*, es *Narrativa e historia. El Huila y su ficción*, el que reconoce la existencia de una narrativa huilense ligada a los hechos históricos del país y la región, configurando el panorama de la literatura desde productos literarios recogidos a partir de “hechos sociales e históricos que originan la aparición de algunas de las obras más notables de la narrativa huilense en cuatro áreas:

- El choque de dos civilizaciones
- La guerra de los Mil días
- La Violencia
- El Frente Nacional” (Sánchez Suárez, 1987, págs. 27-28)

En el periodo de la Guerra de los Mil Días, Sánchez Suárez reconoce a *La Venturosa* como la expresión literaria de esa época a pesar de haber sido escrita 45 años más tarde, por ello exhorta a que la obra "...debe rescatarse para el conocimiento popular a través del estudio y del análisis crítico, como una permanencia vital en el desarrollo de nuestra vida narrativa" (Sánchez Suárez, 1987, pág. 44)

Teniendo en cuenta el trabajo de Sánchez Suárez en relación con el de Guebelly, Ospina, Díaz Rosero y Rama, se puede evidenciar que *La Venturosa* es una obra fundamental en la narrativa huilense, dado a que configura la relación de literatura, historia, leyendas, ficción y región, en la reconstrucción de lo autóctono como las creencias, las leyendas, las costumbres, las fiestas, los ecosistemas, el amor, los odios, el drama, el dolor y el desarrollo de la guerra civil de los Mil Días en el Huila.

Otro elemento que la vuelve importante en la narrativa huilense es que logra diferenciar los sectores sociales de lo rural y lo urbano a finales del siglo XIX y los geosímbolos naturales como el río Magdalena, el charco de San Cayetano y el Ojo de Agua; las leyendas de La Patasola, El Mohán, La Candileja, entre otros; el sociolecto con expresiones como "arrenuncio a Satanas"; la gastronomía con los tamales, el sancocho, los bizcochuelos y el aguardientes, entre otros. Estos geosímbolos propios de la región que se encuentran en la obra logran establecer una identidad estética del huilense, es decir que a través de esta obra somos herederos de una tradición particular, donde las costumbres acordadas socialmente son la práctica de un reconocimiento histórico, la cual

forja la conciencia del ser y sentir huilense, lo que tenemos y somos en medio de un Huila mercantilizado.

En cuanto a la importancia de *La Venturosa* en lo literario, se puede reflexionar que la novela tal como lo dice Sánchez (1989), hace parte del primer ciclo coherente de la narrativa huilense después de José Eustasio Rivera, evidenciando su papel contra-hegemónico y emancipador.

Estado del arte

La escasa bibliografía sobre la literatura huilense, evidencia que *La Venturosa* es desconocida en la literatura nacional, a pesar del reconocimiento histórico, cultural y mítico que hace del territorio. En el estado del arte acerca de *La Venturosa*, se retomarán comentarios generales, estudios rigurosos, nominaciones en revistas, reseñas, historiografías, investigaciones independientes e institucionales y la crítica literaria de la obra, además de presentar las referencias en orden cronológico de publicación con el fin de analizar el desarrollo e importancia que ha tenido la novela a lo largo del tiempo. Este ejercicio de reconocimiento de *La Venturosa* en comentarios y estudios, permitirá cuestionar la relevancia que tiene en la actualidad, de tal manera que este apartado presentará un panorama del significado que tiene *La Venturosa* para el Huila.

El primer estudio acerca de la *La Venturosa* se encuentra en el Boletín 3 del Instituto Caro y Cuervo de 1947, artículo en el que Luis Flórez reseña la obra desde un interés lingüístico. Flórez empieza situando geo-espacialmente al lector en una zona dialectal del castellano, sin reconocer la influencia de otros dialectos prehispánicos; por ello el análisis que hace de la pronunciación, la morfología, la sintaxis y el vocabulario propio de la región del Tolima, le servirá para plantear que los elementos recogidos por

Manrique del español vulgar y popular de las localidades bajas del Huila y del sur del Tolima, no necesariamente le dan un sentido regional debido a que los fenómenos analizados se dan en otras áreas de Colombia, de América y de España.

Dicha consideración evidencia la necesidad de hacer un estudio científico y comparativo del español colombiano, americano y peninsular para confirmar o invalidar el sentido regionalista que desde lo lingüístico puede tener *La Venturosa*, además de incluir en dicho estudio si el tonillo o acento es típico o no de la región huilense. (Flórez, 2015, págs. 334-335)

El estudio de Antonio Curcio Altamar, *Evolución de la novela en Colombia* publicado por el Instituto Caro y Cuervo XI en 1957, hace un acercamiento a la novela colombiana desde las épocas del Nuevo Reino hasta la novela contemporánea. Menciona a *La Venturosa* dentro de las novelas que se propusieron denunciar los horrores de la guerra civil de Los Mil Días; en la referencia Curcio Altamar cita, el Boletín 3 del Instituto Caro y Cuervo y la *Revista de América* en las cuales se ha reseñado la novela. (Curcio Altamar, 1957, pág. 261)

En cuanto a *Narrativa e Historia: El Huila y su Ficción*, publicado en 1987, Benhur Sánchez sustenta la existencia de una narrativa huilense, de tal manera que su discurso se caracteriza en ser argumentativo, en demostrar que las producciones responden a las situaciones del contexto huilense, y que el desconocimiento de la

narrativa huilense en la literatura colombiana se ha dado por condiciones de pobreza y atraso, y porque dentro de las urgencias vitales no estaba el de reconocerse estéticamente en un escrito (Sánchez Suárez, 1987, págs. 13-17). Benhur expone las relaciones de literatura e historia en los diferentes capítulos del libro, para este estudio el capítulo IV, *el Huila en el siglo XIX* es importante porque habla de la configuración de la nueva vida republicana, la cual debió esperar veinte años para que Ramón Manrique Sánchez la recreara en *La Venturosa* (Sánchez Suárez, 1987, pág. 28)

En el capítulo VI *Otras glorias unificadas por el olvido*, específicamente en el subcapítulo *Una batalla convertida en mito*, se propone recuperar a *La Venturosa* como una obra significativa dentro del primer ciclo de novelas importantes después de *La Vorágine*, ya que la obra representa a “El hombre, como protagonista de la historia, recupera su importancia en la ficción mientras el paisaje va quedando como telón de fondo” (Benhur, 1987; 42).

Dentro de las referencias y rastreos que hace Benhur de *La Venturosa*, aparece el libro *Evolución de la novela en Colombia* de Curcio Altamar, en el cual se retoman dos comentarios sin firma de la *Revista de América*, uno que demerita la técnica periodística usada por Ramón Manrique Sánchez y que de hecho era poco común en la literatura, y el segundo que reconoce la obra como una innovación que en su momento no se estableció dentro de los parámetros de lo real. De esta referencia Benhur opina que es necesario leer

la obra para evidenciar que esas aseveraciones fueron desacertadas porque le restó valor literario y menospreció la labor hecha.

Dentro del capítulo Benhur plantea los motivos por los cuales *La Venturosa* es una obra significativa. El motivo principal expone que en la obra el pueblo es el que se moviliza en la guerra civil de finales del siglo XIX. Dentro de los motivos complementarios se encuentra al hombre como protagonista de la historia mientras el paisaje es el telón de fondo; al hombre del común que se introduce en el desarrollo de la novela a pesar de que las clases dominantes manejen la realidad histórica y novelesca; al hombre que se lanza para realizarse entre leyendas, encontrando su identidad en el marco histórico de la guerra civil de los Mil Días; el rescate de lo humano como una de las características de las narrativas de la época y la exposición de los horrores de la guerra civil; la versión regional de la Guerra de los Mil días paralelamente a la leyenda del Mohán; la circularidad de la obra a pesar de la linealidad que genera la narración en tercera persona; la diversidad de recursos estilísticos usados para generar verosimilitud; los visos costumbristas identificados por la descripción de la vida provinciana; el logro de Ramón Manrique Sánchez al narrar la batalla de Matamundo e hilvanar la historia real y la leyenda del Mohán, el célebre guerrillero liberal; el uso de nombres propios tanto de lugares, calles, pueblos y personas, aspecto muy común en la novelística colombiana anterior a la época de La Violencia; el acuerdo en la novela entre fantasía y realidad.

En este orden de ideas Sánchez Suárez apunta que: “*La Venturosa* debe rescatarse para el conocimiento popular a través del estudio y del análisis crítico, como una permanencia vital en el desarrollo de nuestra vida narrativa” (1987, pág. 44) de tal manera este planteamiento invita abiertamente a los estudiosos de la literatura para que fortalezcan las investigaciones relacionadas con el rescate de la memoria, la vida cultural y la literatura del Huila, con el fin de fortalecer el conocimiento popular.

El libro de Delimiro Moreno *Estado Soberano del Tolima. Personajes en su historia* publicado en 1955, destaca la época federal de los departamentos del Huila y Tolima, los cuales conformaron el Estado Soberano del Tolima desde 1861 hasta 1886 y que ha sido llamado Tolima Grande, plantea además que la importancia de este Estado radicó en la comunicación generada a través del río Magdalena y sus puertos entre la capital de la República, los estados del norte y los del sur.

A partir de dicho reconocimiento, Moreno reconstruye la configuración histórica del Estado Soberano del Tolima desde la biografía de personajes importantes para el desarrollo de periodos, que según su criterio son: periodo de los liberales independientes y radicales de 1861 a 1867; periodo conservador de 1867 a 1876 y el periodo radical de 1876 a 1886. Para esta investigación la biografía de Ramón Manrique Silva del periodo radical y padre del escritor de *La Venturosa*, es importante porque reconoce el trabajo periodístico de Manrique Sánchez. (Moreno, 1995, pág. 259).

Continuando cronológicamente con la bibliografía que referencia a *La Venturosa*, Félix Ramiro Lozada Flórez en el marco de los cien años del Huila en el 2005, prologará la edición especial que financia la Gobernación en la *Colección Literaria del Centenario del Departamento del Huila*, editada por Trilce Editores al cuidado de Guillermo Martínez González. El prólogo explica que la importancia de la obra radica en la evocación del discurso narrativo de lo real maravilloso antes que existiera de una forma legítima este término, ya que el autor logra hilvanar lo cotidiano con lo fantástico poniendo en un papel preponderante las costumbres, las actividades que reflejan los asuntos ciudadanos, la forma de ser de los huilenses en el marco del conflicto socio-político del país y sobre todo, logra pasar de la memoria personal a la colectiva en medio de la interrelación con las creencias (Prólogo, 2005).

Para sustentar que en *La Venturosa* hay un realismo mágico creado desde la dimensión realista por Ramón Manrique, Lozada plantea que los elementos usados en la novela conducen al reconocimiento de las leyendas huilenses a través de la realidad socio-política y religiosa, dándoles verosimilitud a través de los diversos registros históricos que aparecen en la novela como los abusos de autoridad iniciados en el 85; los enfrentamientos en el 95 de Liberales contra el gobierno Conservador; el levantamiento rebelde de octubre en 1889 que dio pie a la guerra de Matamundo, Limón, Hilarco, Ambato, Amayá, Girardot, El real, La Sierra, etc; el levantamiento del primer rebelde Liberal en 1899 en el Tolima, Vicente Carrera, y la orden del gobierno de matar a los Liberales en 1910, la cual fracasó en Bulucá, Villavieja y Loma de Garzón. En esta

medida el prologuista plantea que el autor familiariza los hechos históricos del país y de la región de fines del siglo XIX desde lo nacional y lo regional con la cultura popular, logrando contrastar las vivencias de la provincia con las del sector urbano.

Además de los análisis hechos de la novela, también se analiza la relación que tiene Ramón Manrique Sánchez con su entorno, dice que el autor se posiciona desde un acercamiento-distanciamiento a su contexto ya que encarna un nuevo sentir en la sociedad y refresca la memoria con denuncias y proclamas de solidaridad. Se dice que maneja la diversidad del discurso en las tensiones, retroalimentándolo con chismes, historias y demás sucesos cotidianos. Lo anterior permite al prologuista determinar que los detalles minuciosos utilizados por Ramón Manrique, enriquecidos con maravillosas fábulas e insólitas expresiones, tiene un valor melodioso y un mundo poético propio.

En esta medida el prólogo es un texto provocativo para iniciarse en la lectura de la obra y hacer sus propias reflexiones, debido a que propone a la obra como una crónica sobre las cruentas arremetidas entre Liberales y Conservadores en donde la guerra civil generó atropellos y abusos de poder, desencadenando venganzas que oscilarían entre lo personal y lo ideológico.

En el 2005 el director de investigación Jorge Alirio Ríos Osorio compila en *Huila Centenario* diversos artículos sobre la geografía, la historia, la cultura, la economía, y las personas más reconocidas del Huila. En el capítulo *Los forjadores de la historia*, se

recuerda la biografía de diversas personas que estaban en búsqueda de una identidad propia, nuevos símbolos y una nueva cultura, ahí se nombra a Ramón Manrique Sánchez, destacado por sus producciones periodísticas, ensayísticas y literarias, en especial la publicación de *La Venturosa* en 1947. (Rios Osorio, 2005)

Luego de revisar los trabajos hechos en el marco del centenario del Huila en 2005, Félix Ramiro Lozada publica en 2007, *Literatura Huilense*, donde intenta recoger la biografía de la mayoría de escritores huilenses desde los tiempos de la Corona hasta nuestros días, comentando las obras más sobresalientes y adhiriéndole los fragmentos. Este trabajo se retoma debido a la inexistencia de libros de texto sobre literatura huilense, pero aun así, la poca profundidad de los análisis y las aseveraciones sin fundamentos, evidencian la poca rigurosidad del texto en el objetivo de alimentar la crítica literaria del Huila. A pesar de lo expuesto, esta investigación retoma el capítulo *Desarrollo de la literatura del Huila en el siglo XX*, en el que se describe a Ramón Manrique Sánchez como un hilvanador de historias, leyendas y ficción (Lozada, 2007, págs. 125-134).

Partiendo del precepto anterior y comparando el trabajo hecho por Félix Ramiro Lozada en 2005 y en 2007, se evidencia que su producción es muy similar a lo que aparece en el prólogo con la variedad que incluye citas textuales de la novela. Entre las apreciaciones repetidas se encuentran que la novela en términos generales es una muy buena crónica sobre las luchas encarnizadas entre liberales y conservadores, la realidad política, social y religiosa del país; Ramón Manrique maneja varios discursos como los

de la historia del país y la región, la brujería, las creencias y los sucesos cotidianos; las anécdotas y las creencias se tejen entre hilos invisibles de la memoria personal y la colectiva; la reconstrucción de la historia es familiarizada con la cultura popular y la leyenda; la novela tiene elementos de la ficción-realidad característica fundamental del realismo-mágico; la novela delinea distintos episodios de la vida nacional y regional usando la creencia popular del Mohán para recrear los abusos de poder surgidos del enfrentamiento entre liberales y conservadores; la indiferencia, abandono y la desprotección por parte del Estado, valorados en la novela, son las denuncias que hace el escritor; la obra tiene un gran valor melodioso y un mundo poético propio; la novela tiene visos costumbristas por las demarcaciones que hace de la vida provinciana.

Ese reconocimiento general de la obra a manera de resumen y apreciaciones descritas en su mayoría en el prólogo de 2005, están acompañadas de nuevas valoraciones en relación al amor entre Mariana Gasca y Pepe Cuéllar, las citas textuales de *Narrativa e Historia* de Benhur Sánchez que hablan de los elementos usados para generar verosimilitud y los mejores aciertos que tiene Manrique Sánchez en la relación entre historia, ficción, creencias y cotidianidad.

En la celebración del Bicentenario del 2008 se publica el Tomo II de *Huila Cien años no es nada*, dirigido por el investigador Luis Ernesto Lasso, el cual hace un reconocimiento de los procesos históricos, los personajes y la memoria de la región. El libro tiene dos textos introductorios hechos por el director de investigación: *Para*

contribuir al Bicentenario y Neiva ¿Dónde está tu alma? El primero plantea que el libro es una contribución a la discusión que genera el Bicentenario y que a través de sus páginas se podrá comprender por qué el Huila se encuentra en el estado actual de desarrollismo extractivista y atraso. Destaca las dificultades en la elaboración del libro, la necesidad de seguir construyendo una emancipación integral y continuar con las investigaciones regionales. El segundo hace un recorrido por los hechos históricos desde una perspectiva regional. Uno de los sucesos nombrados es la guerra civil de los Mil Días, del cual *La Venturosa* es la expresión literaria. (Lasso, Forero, & Silva, 2008)

La referencia pertinente para esta investigación es del capítulo IV *Memoria y creación*, donde Ramón Manrique es rescatado en el ensayo de Cristian Eduardo Forero y Cristhian Fernando Silva; *Ramón Manrique Sánchez: El último Liberal Radical*. El ensayo plantea que a pesar de que el Departamento no sea prolijo en artes y letras, no se puede ignorar la existencia del escritor Ramón Manrique Sánchez, autor de *La Venturosa*, obra limitada a ser reseñada y comentada desde algunos aspectos de tipo escritural y de contexto.

Antes de entrar a analizar *La Venturosa* en el apartado *La Venturosa: Entre ficción y realidad*, hacen un análisis general de *Bajo el signo de la hoz* (ensayo político), *A sangre y fuego* (Reportaje del 9 de abril) y *Los días del terror* (novela), destacando las referencias históricas que se hacen de la batalla de Matamundo; plantean la influencia

que tuvo el periodismo en la obra; entrelazan la ficción, la realidad, la leyenda, el amor, el conflicto, los personajes novelados y revisan la vigencia que tiene en la actualidad.

El ensayo parte del hecho de que *La Venturosa* cumple con la categoría de ser una novela a pesar de los hechos históricos que disminuyen el fluir de la acción, esta aseveración parte de la existencia de personajes inolvidables, el manejo de la temporalidad, el tratamiento de un narrador, la conciliación entre el lenguaje popular y el culto como una técnica de narración. Se caracteriza a *La Venturosa* como una obra compuesta por ocho partes, la primera es un apartado a manera de prologoillo nombrado “ficción y realidad”, el cual precisa la temática, y justifica el uso del lenguaje arcaico campesino de la región y la teogonía local; la segunda, es el *Telón de Boca* llamado “En los Dujos”, donde se inicia el diálogo entre los dos narradores; los otros seis apartes constituyen un grupo de capítulos titulados *El hijo del Mohán*, *La Venturosa*, *Alegrías del San Juan*, *Rumbos de odio y de sangre*, *Los mil días* y *Matamundo, 20 de Marzo de 1900*; todos ellos acompañados de epígrafes y subdivididos en secciones encabezadas por números romanos, los cuales narraran la historia del pueblo huilense en la cruenta guerra.

Los autores además exponen la temporalidad, el espacio, los narradores, el uso de la técnica de anticipo, la construcción del relato histórico a partir del elemento ficticio teniendo en cuenta las fechas de los sucesos, los lugares y los personajes. Plantean que el telón de fondo de la novela es la batalla de Matamundo, batalla olvidada por la historiografía que ignora la periferia. De los personajes novelísticos, dicen que Mariana

Gasca y Chepe Cuéllar, dentro de las dinámicas de la novela involucran y evolucionan, cada uno relacionado directa o indirectamente con las ideologías del partido liberal y el conservador, arraigándose y desarraigándose de sus prácticas culturales y sociales.

Antes de finalizar, los críticos que se acercaron a *La Venturosa* esbozan estos cuestionamientos ¿Cómo supera Mariana la contradicción de ser una niña rica y enamorarse de un rústico, tildado hijo del Mohán? Y ¿Cómo influye la fama legendaria de Chepe Cuéllar en su vida de jefe guerrillero?

El ensayo *Ramón Manrique Sánchez: El último Liberal Radical* finaliza planteando la vigencia de la obra y la preocupación por el poco acercamiento a la vida y obra de Ramón Manrique Sánchez, las técnicas narrativas de anticipo, retro-inspección, polifonía y relatos, usadas en la novela para hilvanar la historia de la guerra de los Mil Días con la ficción, la inclusión de referencias literarias en la novela, la importancia del lenguaje altamente poético, la estructura circular al empezar la historia en el charco del Mohán, y concluir, con la muerte de Chepe Cuéllar junto a su amada, en el mismo lugar; el deceso del protagonista no representa la derrota porque Ramón Manrique transforma la vieja leyenda en una nueva, el esbozo de contradicciones propias de la modernidad, la necesidad de recuperar a *La Venturosa* del olvido para recuperar de ella sus legados, ofrecer la radiografía más completa que existe de la batalla de Matamundo en la región y redimir las costumbres, los lugares y el lenguaje popular del Departamento.

El trabajo de Silva y Forero además de explorar la vida y obra de Ramón Manrique Sánchez, hace un reconocimiento del conflicto bipartidista y La batalla de Matamundo desde la región como una expresión de la literatura. Esta clase de trabajos evidencian la necesidad de consolidar una historiografía rigurosa, por ello Díaz Rosero, en *Panorama historiográfico: El Huila y su literatura*, publicada en el 2012, hace el ejercicio de precisar los procesos históricos más relevantes de la región y sobre ese marco destaca las respectivas expresiones literarias. A pesar de que la crítica literaria regional haya demostrado la escasa profundidad en sus estudios, como lo evidencia el trabajo de Díaz Rosero, es la investigación de Sánchez Suárez en *Narrativa e historia. El Huila y su ficción* (1987) el que consolida las bases de la interrelación entre historia-identidad-región en la narrativa del Huila y presenta a *La Venturosa* como una de las primeras novelas de la narrativa huilense (Díaz Rosero, 2012).

De *La Venturosa* se asevera que tiene una relación muy grande con el territorio aunque pase inadvertida por la gran sombra de *La Vorágine*; realza la ficción y la realidad en la novela y se comenta el uso de la técnica periodística que le restó valor literario en la época, pero que ahora, en el siglo XXI, se acepta como una virtud literaria.

Esta aparición de la novela en el trabajo historiográfico, reafirma su importancia y valor literario para el Huila, dejando ver que no hay estudios profundos de la forma, el fondo y el contexto de la obra. A pesar de la carencia investigativa, se ha encontrado el artículo de Carmen Elisa Acosta Peñaloza *Remá, Remá: Las literaturas del río*

Magdalena publicado por la biblioteca del Banco de la República en el 2014, el cual hace un recorrido por las orillas literarias del río Magdalena desde Bocas de Ceniza hasta el páramo de las Papas donde se oye dialogar, tal como lo plantea Acosta “con acento del huilense, el tolimense, el cundiboyacense, el de Caldas, Quindío y Risaralda, el santandereano, el antioqueño, el sabanero de Cesar, el costeño del Magdalena y el Atlántico, y el extranjero.” (Rosero, C.A, 2014) Por ello, dar cuenta de las obras literarias que han tenido como temática principal al río Magdalena es un reto que postula obras como: *Y otras canoas bajan el río* de Rafael Caneva, publicada en 1957; *Noticias historiales* de fray Pedro Simón; las *Elegías* de Juan de Castellanos; *La maldición* de Manuel María Madiedo, novela publicada por entregas a mediados del siglo XIX; *La Venturosa* de Ramón Manrique Sánchez publicada en 1947; *Tránsito* del bogotano Luis Segundo de Silvestre; los cantos poéticos de Candelario Obeso con su famoso "remá, remá"; "En el río Magdalena" de Julio Flórez; "Oda al Magdalena grande" de Eduardo Carranza; las novelas de Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*; Fernando Cruz Kronfly con *La ceniza del libertador*, y Antonio Montaña con *Aguas bravías*.

Retomando las palabras de Acosta "La tentación de hacer un extenso listado de obras y autores está cada vez más presente -quedan por fuera muchos cuentos y obras dramáticas-, a medida que se revisa la literatura del río. Surgen obras ineludibles como *Los pescadores del Magdalena* de Jaime Buitrago o *El amor en los tiempos del cólera* de Gabriel García Márquez." (Acosta, 2014) En esta medida la autora nombra otros escritores como José María Samper, Felipe Pérez, Bernardo Espinosa, José Santos

Chocano, Pablo Neruda y Nicolás Guillén, quienes no son colombianos pero expresan sus experiencias con el río en su escritura literaria.

Este preámbulo es el que permite entender el posicionamiento que se hace *de La Venturosa* cuando la escritora la incluye en su investigación. No solo la nombra sino que la ubica como centro de las tensiones políticas partidistas, entre héroes liberales y conservadores a raíz de la guerra de los Mil días, poniendo al río como espacio de representación de los conflictos nacionales, la solución de la familia y la guerra. Además de los análisis a nivel general de las obras nombradas, según la autora, las voces que están alrededor del río permiten conocer cómo se representa e imagina la vena acuática más importante de Colombia; entrelaza la literatura con la historia nacional; las diversas leyendas; la música; el río como personaje; el canto; las luchas de la conquista de los siglos XVI y XVII, de la primera mitad del siglo XX y con las transnacionales; los temores de personas convertidos en personajes; la apropiación de la naturaleza; el río y la pesca, el río como tránsito y el río de Bolívar; el personaje de leyenda que expresa el mestizaje y las dudas religiosas y políticas: el Mohán.

Como se puede evidenciar, algunas de las referencias que fueron retomadas en esta investigación no cumplen con la calificación de estudios sino que fueron escritos que reseñaron la obra o hicieron comentarios sobre la forma en que fue escrita, a pesar de que unos ensayos se hayan esforzado por rescatarla, el desenlace de este rastreo apunta a una serie de escritos que nombran a *La Venturosa* pero que no la estudian seriamente para

reafirmar desde los argumentos su importancia dentro de la narrativa huilense. Aun así, el mensaje que queda es la necesidad de alimentar los estudios alrededor de la obra para que los planteamientos hechos no queden sin bases teóricas.

Después de reconocer los textos que se refieren a la novela, se puede ver que *La Venturosa* en la época de su publicación, según Curcio Altamar, fue muy criticada por la estética narrativa que usó Manrique Sánchez. En la actualidad tiene una aceptación amplia porque configura la identidad histórica del Huila y geosimbólica con la región socio-cultural, tal como lo plantea Giménez: “La identidad regional se da cuando un gran número de personas integra a su sistema cultural los símbolos, valores y aspiraciones más profundas de su región” (Giménez, 1999, pág. 43)

A través de la novela se puede generar la identificación con lo regional, lo histórico, lo patrimonial, lo proyectivo y lo vivido, permitiendo avanzar en la memoria histórica de tradiciones perdidas, historias olvidadas, leyendas desacralizadas, fauna y flora regional desbastada, evidenciando la importancia cultural, literaria e histórica, que tiene para los huilenses que han crecido en un Departamento globalizado y abierto a las multinacionales.

Geosímbolos literarios de *La Venturosa*

La Venturosa es una novela estructurada para entrelazar la imaginación popular con la realidad histórica de la nación y del Huila. La imparcialidad histórica en la que nos sumerge Don Víctor Hilario Altamira, es permeada por elementos de la realidad y la ficción, donde las leyendas regionales como la Candileja, la Madremonte, el Taitapuro, la Patasola, el Poirá y el Mohán, resultan ser una inspiración para la creación literaria y la visual. Estas leyendas en especial la leyenda demoniaca del hijo del Mohán, al mutar e incluso al desdibujarse del imaginario colectivo para entrar en la modernidad, cobra un sentido de apego afectivo para convertirse en un geosímbolo que gracias a *La Venturosa* rompe la frontera entre la realidad y la fantasía, tal como lo propone William Ospina en la presentación oficial que hace de *El país de la Canela*:

“Los conquistadores buscaban algo más que oro y canela. Estaban en búsqueda de sirenas, centauros, gigantes y amazonas. Un montón de cosas que habían perdido en sus tierras, por eso viajaron a América, para volver a creer en ellas. Era una época codiciosa, pero fantasiosa; en la que se actuaba mucho, pero se soñaba de igual forma. Ellos no conocían la frontera de la realidad y la fantasía” (OPN, 2015)

La novela tiene un prologuillo y seis capítulos con diversas cortinas, unas divididas por asteriscos y otras con números romanos, dicho prologuillo escrito por el mismo autor tiene los objetivos de dar credibilidad a la ficción contada, manejar

estéticamente lo que cuenta desde los hechos históricos y proponer una estructura para que el lector se identifique con lo planteado. Las novelas actuales no manejan prologuillos, pero en *La Venturosa* su importancia radica en clarificar que la realidad a veces sobrepasa la ficción y plantear que los huilenses tienen el derecho de ser auténticos y expresar libremente sus creencias, medicinas naturales y geosímbolos.

La propedéutica creada en el prologuillo permite cruzar las fronteras de la ficción, la realidad y la historia en un contexto lleno de leyendas, como el del llanto de un bebé el Jueves Santo mientras se desarrolla un momento histórico decisivo del país. Esta ambientación bien lograda por Manrique Sánchez, permite que confluyan personajes como Don Víctor Hilario Altamira, narrador creyente de los trasgos y el narrador incógnito que lo escucha pero es totalmente incrédulo de esas historias. Tal como sucede con Scherazada y el Sultán Schahriar, la historia será una narración de los imaginarios populares entrelazados con la realidad histórica y épica, de tal manera que al incluir los elementos míticos, como el llanto de un bebé, se podrá dar pie a una larga historia no de Las mil y una noche, sino de la Guerra de los Mil días, narrada por Don Víctor Hilario Altamira, quien nos hará pasar varias noches escuchando el relato.

La naturaleza poetizada como un geosímbolo

La novela poetiza continuamente la naturaleza, las corrientes de agua, los árboles, las aves agoreras a la llegada de algún espanto y el “croar telegráfico de las ranas”, lo que

caracterizará apartados de la novela como una presentación poetizada. Este punto de partida logra que el lector se cuestione sobre su entorno, y hoy sobre la riqueza desaparecida; qué ha pasado con los paisajes, por qué ya no están los árboles tan nombrados en la novela y cuáles han sido los cambios generados en el medio ambiente y la cultura huilense, tanto en las alegrías del San Juan urbano como rural. Otra característica importante de la novela radica en los elementos sonoros, encontrados en los primeros capítulos con los cantos onomatopéyicos de las aves:

“La chorola cantaba con un son largo y agudo que parecía recorrer toda la escala musical, para terminar en un do profundo que llenaba los montes en el atardecido. Y en cuanto se aquietaban los ruidos del día y la naturaleza daba comienzo a las misteriosas voces de la noche, se oía el saudoso aleluya de los colíes:

-¡Coo-clí!... ¡Cooo-clí!... ¡Co-co-co-cooo-clí!...

Había muchísimas aves como estas de canto triste pero de saudosa añoranza, cuya onomatopeya les daba el nombre. Las aves agoreras, que sólo cantaban con las sombras, eran nuncios de trasgos y de entidades de ultramundo. El “Tres-piés”, prelude de pasión y muerte; el “curru-cucú”, heraldo del Mohán y del Poirá; el “Cao-Cao”, que desde lo alto de los guásimos oteaba el vuelo infernal de la Candileja y lo avisaba al desprevenido caminante con gritos de angustia:

-¡Cao-caol!... ¡Juan Cagao!...” (Manrique Sánchez, 2005, págs. 31-32)

Personajes arquetípicos del Huila

La Venturosa tiene una diversidad de personajes desde lo histórico y lo novelado, los cuales representan el arquetipo del huilense tradicional. Para caracterizarlos como geosímbolos representativos del contexto huilense, se tendrá en cuenta la descripción que

se hace de las personas de la época como: “personas que entregaban la vida y el espíritu, sin pedir ni recibir nada a cambio, así eran en 1900.” (Manrique Sánchez, 2005)

El doctor Manuel Antonio Altamira es un personaje geosimbólico de la novela ya que presenta unos valores concretos de la época y de la región, empecemos reconociendo sus antepasados y la bizarría e intrepidez de los Altamira, las cuales se traslucen con las capacidades económicas que poseían:

“Tres hijos del viejo cascarrabias fueron enviados a Europa, tan pronto se doctoraron en Bogotá: Don Juan Rafael, don Isaías y este don Manuel Antonio que era mi padre. Pero ya no fueron a Oxford ni Cambridge sino Heidelberg y Bonn las universidades escogidas por el hidalgo sureño para sus descendientes. Oxford y Cambridge eran lugares comunes para los hijos de los ricos-homes de la tierra, y él –hasta en eso- despreciaba el lugar común.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 156)

Este personaje es uno de los más románticos en sus ideales liberales, de tal manera que no es gratuito su apellido Altamira, como el que tiene la capacidad de mirar alto o que tiene nobles ideales. Representa al liberal huilense, con referentes ideológicos propios del Huila como Francisco Eustaquio Alvarez o José María Rojas Garrido. En algún momento el lector puede comparar la vida del padre de Ramón Manrique Sánchez y encontrar similitudes con lo narrado, quizá con intención o no:

“Don Manuel Antonio fue senador y Presidente del Estado Soberano. Orador y polemista en periódicos y folletos, pronto se le diputó como a un jefe liberal de bufete y cátedra, atrayendo de paso el odio del adversario “tradicional”, como era costumbre decir en aquella época. Excelente pararrayo de las pasiones en boga, las guerras civiles le mermaron la hacienda y le afectaron el corazón. Decíase que en el 53 abandonaba las aulas universitarias y se iba a las barras del congreso en la buena compañía de las gentes de ruana y alpargatas, que integraban los cuadros puñaleros de las “Democráticas”, y se daba a gritar o aplaudir, según

le fueran gratos o ingratos los incidentes del debate. Mosquera lo entusiasmó en el 63 con la “Desamortización de bienes de manos muertas y las leyes de tuición”. Su Evangelio era la Constitución de Rionegro y sus dioses tutelares Francisco Eustaquio Alvarez, llamado “el macho” y José María Rojas Garrido, a quien titulaban el “Demóstenes de América”, entrambos de la tierra.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 158-159)

Que sea bondadoso, decente, con buenos modales, liberal inteligente e incluso que se haya vuelto el patrón de la hacienda La Venturosa para responder por sus hijos, riñe con su concepción puritana del lenguaje, así como se evidencia a continuación:

“- Papito, ¿Qué es joder?”

El doctor, muy cejijunto, me preguntó por qué y entonces Adela le contó lo de Marco Méndez. Mi padre muy enojado, subió resuelto a cruzarle la cara al truhán a vergazos, pero no lo hizo porque, según dijo, se compadeció de su torpeza. Cuando lo vieron los campesinos, que lo amaban tanto como lo temían, suspendieron el ruido de los timbales y el tambor, y Marco Méndez, hipeando sollozos, se disculpó llorando:

-¡Yo no sabía, mi dotor!... ¡Yo no sabía de yo, mi dotor!...

Cuando mi padre regresó les mandó una damajuana de aguardiente y mi madre una lata de bizcochuelo horneados a fuego lento. Y cuando estuvo calmado, absolvió mi pregunta:

-Joder, mijito, es la forma vulgar como la plebe quiere decir molestar.

Pero la gente decente nunca pronuncia esta palabra, pues tiene que enjuagarse bien la boca después.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 24-25)

En la descripción física que se hace a través de un retrato colgado en la pared, se puede ver un hombre señorial asimilado a la civilización europea:

“Por encima de aquella estantería colgaban retratos viejísimos, amarillos y ennoblecidos de tiempo. Había un caballero de barbas archiduciales, escaso de mentón, la frente despejada, los ojos vivos aunque pequeños, regulado de estatura y proporcionado de miembros, que vestía una antigua levita señorial, cuello de puntitas y corbata “Boulangier”.

-¿Quién es él?

-¡Era mi padre!

-El doctor Manuel Antonio Altamira!” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 9)

El narrador incógnito que ha llegado del extranjero y que dialoga de una informa incrédula con don Víctor Hilario Altamira durante toda la obra, se considera un personaje contra-geosimbólico, ya que caracteriza a las persona del siglo XX que no cree en *supercherías*, para ello basta recordar un dialogo entre ellos sobre la existencia del Mohán “- ¿Pero es posible que usted, en este año de 1936, en pleno siglo XX, crea en esas carajadas, mi querido Altamira?” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 9)

Don Víctor Hilario Altamira, narrador de la historia y personaje geosimbólico de *La Venturosa*, representa al huilense de casta humillada por las gentes del siglo y la guerra civil de los Mil Días. Don Víctor Hilario Altamira, hijo legítimo de un liberal huilense, tenía 40 años, era bien hablado y de figura apuesta, fue golpeado por la pérdida que tuvieron los liberales en la Batalla de Matamundo y luego pasaría de ser el hijo del dueño de una hacienda a mayordomo de la hacienda “Los Dujos”; Según el narrador incógnito que ha llegado del extranjero:

“Engañaba la apariencia de don Víctor Hilario Altamira. A primera vista era un rústico chalán llanero, un vaquero chabacano, atezados el rostro y las manos, dejativa el habla comarcana, con no pocos intercalados de germanía y de palabrotas, pero la clámide blanca que le ennoblecía de canas la cabeza, era como un alerta a equivocadas apreciaciones. Pero como sus temas obligados eran los ganados, las garrapatas, el nucho, la vaquería, las herranzas, la sequía de los pastos, el jornal de los peones y todo lo que atañía a su mayordomazgo de “Los Dujos”, no quedaba margen para suponerlo un hidalgo venido a menos. Así, visto de primera intención, parecía un honrado campesino de sierra y llano, en cuyos labios abundaban los terminachos de “chambuque” y “voliao”.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 151)

De esta manera, podemos darnos cuenta que el personaje era una complejidad surgida del arruinamiento que la guerra civil produjo, el cual se caracterizaba por ser campesino pero a la vez un hombre instruido en el camino de las letras:

“Alternando el relato de Pepe Cuéllar con los quehaceres de la hacienda, siguiéndolo en todos sus pasos y compartiendo con él momentos íntimos, obtuve de don Víctor Hilario Altamira un retrato espiritual muy diferente.

... En desvencijados estantes de la mayordomía de “Los Dujos” se amontonaban cadáveres de libros. Que don Víctor Hilario los había leído y releído con cariño y provecho, lo decían la propiedad de sus citas y el libre cauce que daba a la erudición y al bien hablar, en cuanto desaparecía el temor de lucir pedante con genes que se burlaban de los que –según el decir comarcano- “vivían pensando en las nebulosas”. Porque pecado capital era hablar de cosa distinta a las siembras, al resane de los ombligos podridos de los recentales, al hormiguillo, a las gusaneras, a la preparación del “McDougall” para untarles en los nuches a las vacas, a los “pisadores” de crezneja, y a los potros cerreros. ¡El que transgredía esas normas era víctima de burlas y risas, por lunático o por parásito!” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 151-152)

Además de su avidez legada por el doctor Altamira, tenía otras sorpresas

“-¿Lee usted francés, don Víctor Hilario?

-Lo leo y lo escribo. También el inglés y algo de griego y del latín.

-¿Cursó usted segunda enseñanza... Universidad, quizás...?

Ningún nombre famoso de institución le puedo citar como cuna de mis estudios, pero sí el de la Universidad de la Vida, amigo mío.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 153)

José María Cuéllar o El mohancito, personaje geosimbólico de *La Venturosa* que se encarna en una leyenda de principios del siglo XX para los huilenses de la época, y que según el narrador: “Los supersticiosos comarcanos de “La Venturosa” juraban que este muchacho era hijo del Mohán. Pero José María lo era, en realidad, del Mayordomo Pedro Cuéllar y de su legítima mujer María Caviedes” (Manrique Sánchez, 2005, pág.11). Estas atribuciones sobrenaturales antes del nacimiento son las que configuran su

destino en la obra y lo ubican como un hombre que “tenía una fama negra, sanguinaria, y decían que era el hijo del Mohán” (Manrique Sánchez, 2005, pág.9)

José María Cuéllar, personaje principal en la batalla de Matamundo, evoluciona durante el desarrollo de la obra, al inicio se puede reconocer a un joven que:

“Era parco de palabras y sabía recatar sus sentimientos –la cólera, el odio, el amor, el dolor- bajo una máscara imperturbable

...Pepe Cuéllar, por más sabidor, llevaba al dedillo las cuentas de las aparcerías y de los arrendamientos, pagaba los jornales de la semana, pesaba en la báscula los sacos de cacao y de café que se irían a Neiva a donde el señor Glauser (“Compramos oro, café y cueros”), y recibía el importe de los cargamentos. Le sobraba tiempo para meterse en las desyerbas y palear recio ganándole al mejor en eso de las tareas y las “mingas”. Sabía curar el hormiguillo de los caballos y tenía “mano de santo” para extraerles las gusaneras del ombligo de los becerros recién nacidos. Y en cuanto a la Pelton y la descerezadora, nadie como él para entenderles sus jurrotas y resabios, cuando les daba por toser y no querer trabajar. Por todo eso lo llamaban “el Mayordomito”.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 33)

Después de diferentes situaciones generadas por la guerra civil, el joven que era “parco de palabra” empieza a cambiar cuando Ñor Isaías Manchola le dice:

“-Cuando venga la comisión a coger gente, ¡pues te hacés invisible pa dejar zurumbáticos a los soldados!...

Le brillaron los ojos al Pepe con extraño fulgor. Empujó duro al Manchola hasta hacerlo trastabillar, y bramó:

-Pos cuando venga la guerra nos veremos las caras, godos hijos de... -¡la echó completa!

Después se calmó y entró nuevamente en el arcano de su silencio. Y se calmaron todos, supersticiosos, como si hubiesen recibido un aviso del más allá.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 39)

Como en el caso de Tirofijo, guerrillero colombiano, este guerrillero de trasgos y bravoneles, Pepe Cuéllar, estaba tranzado en los comentarios míticos de las gentes, justamente: “Cuando Ñor Ignorancia lo veía así, se persignaba y decía que Pepe había

nacido bajo la cuadratura de Saturno y Marte, que marcaba rumbos de odio y de sangre”

(Manrique Sánchez, 2005, pág. 93).

Él se percibía de una forma más humana y menos supersticiosa:

“¡El General José María Cuéllar! Él mismo se reía del titulejo, pero luego se acostumbró a él, porque en estas guerras bastaban el simbolismo del pronunciamiento, una bandera azul o roja adelante y el refuerzo de los trasgos que improvisaban valentías y fachendas al frente de treinta guapos, para ser general en jefe. El esparaldazo lo confirmaban o quitaban las llanuras ardorosas erizadas de bayonetas y machetes.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 136).

Este personaje se regodeaba entre próceres y héroes históricos quienes durante la batalla de Matamundo lo percibían como un guerrero lleno de hazañas y leyendas, las cuales se iban volviendo realidad:

“Mientras tal decía, el general Bustamante señalaba a Rosas el lugar de la refriega. Y contó al héroe de Cuba la historia y las aventuras del guerrillero. Con trescientos demonios atacaban a tropas diez veces superiores. Su valor era temerario y sus asaltos fulminantes y sorpresivos. Sea por la rapidez con que maniobraba sus caballerías, por la sorpresa o por cualquier otra causa, siempre salía sin un arañazo de sus acometidas. Se le disparaba a boca de jarro y las balas le silbaban las orejas, pero no lo herían: cuando más le quemaban el pañuelo “rabo de gallo” que llevaba añudado al cuello con mucha gallardía, porque el guache era todo un buen mozo. Había ocasiones en que se abría paso por entre la cerrazón de bayonetas y peinillas, a machete limpio.

-Por supuesto, como siempre mata y nunca muere, ha hecho buena la leyenda de que su padre fue el mismo diablo. A ratos, y perdonenme ustedes, estoy por creerlo también. A lo que se agrega que el Cuéllar parece autosugestionado con la leyenda, que centuplica su valor y su audacia.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 177).

Este personaje legendario como representación de la cultura huilense, se transforma totalmente durante la coga que los conservadores hicieron en la casa del Manchola:

“Entonces estalló el furor demoníaco de Pepe Cuéllar. Lanzando al aire su reclamo duendero, hizo tañer el filo de su peinilla sobre la cabeza de los atacantes y sobre la de los otros soldados que llegaban en su auxilio...

... -Tatita, ¡perdóname!... ¡Y mi máma y el dotor también deben perdonarme...! De hoy endelante estaré en el monte con la muerte, con los demontres...” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 111).

Dado a que las diferentes facetas del personaje son exploradas por el narrador, incluso la comedia, se encuentra la broma que le hizo en San Nicolás El Bermúdez. Este personaje se burló del General Cuéllar diciéndole que si lo picaba una coya, araña “mortal” típica de la zona, se podría curar ingiriendo heces en caspiroleta. Después del hecho y de que el engañado General José María Cuéllar se enterara:

“Cambió el rostro del jefe guerrillero de la angustia a la ferocidad... ¡Era otra vez el terror de llanuras y montañas! Desenvainó la acanalada peinilla y tiró un tajo sobre la cabeza del Bermo, y tras de ese, otro y otro en sucesión rapidísima.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 164).

Este personaje venturosiano es la fiel representación de un geosímbolo relacionado a la cultura huilense, en el cual la evolución, las costumbres y los imaginarios, son una constante.

Ñor Ignacio Vargas, personaje venturosiano de sesenta años, trabajador de La Venturosa, y descrito por el narrador de la siguiente manera:

“llamado Ñor Ignorancia por mi padre y el “Joso Hormiguero” por los comarcanos, en gracia de su habilidad para extirpar los hormigueros que asolaban las sementeras...

...era un hombre de rostro, piernas y manos elefantinos, de hablar lento y hondo como si sufriese de bronquitis crónica y de miserable indumentaria. Calzaba siempre “quimbas” de cuero crudo y caminaba lentamente, cojeando, impedido por el reumatismo y la “mazamorra” que le cuarteaba los pies hinchados. Cubría sus greñas con un gran sombrero de pindo viejísimo...

... Borroneaba con dificultad la escritura y leía incansablemente. ¡Era el único rústico de los contornos dueño de tales habilidades! Sus lecturas preferidas eran los evangelios, las profecías y cuanto libro hablara de metafísica y esoterismo...

... Mi padre le decía Ñor Ignorancia, pero reconocía en el rústico uno de esos raros caprichos del Destino que sopla en el alma de algunos seres extrañas intuiciones. Y aunque le mirara con cierto recelo místico, los campesinos tenían fe ciega en sus curanderías que, por otra parte, no cobraba. La altamisa, el zazafrás, el “árbol de almácigo”, el paico, el llantén, etc., eran los ingredientes de sus pócimas y emplastos.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 29).

Este personaje es uno de los más elaborados de *La Venturosa* ya que tiene características muy acentuadas como la complejidad de su existencia, el papel profético que tiene dentro de la obra, las atmósferas místicas y reales que crea, además de manejar las plantas de poder, por medio de lo cual se le reconoció como un chamán, homeópata, y brujo blanco.

Las características nombradas le proporcionaron el apelativo de profeta de la montaña, ya que estaba directamente relacionado con lo sobrenatural; gracias a esto la verosimilitud creada en la obra a partir de este personaje estereotipado como hombre curandero, yerbatero y profeta, no es tan difícil de identificar. Tal como en este caso “sostuvo haber visto la Madremonte, toda vestida de hojas de lengüevaca, con su gran pollera vegetal, sus labios hinchados y sus colmillos como los del puerco.” (Manrique Sánchez, 2005, pág.17). O situaciones de protagonismo en las que “Ñor Ignorancia vino,

y rezándole no se qué conjuros y brujerías, contuvo el veneno y la hinchazón” (Manrique Sánchez, 2005, pág.28).

De esta manera este tipo de personaje se constituye en un elemento geosimbólico que representa el pensamiento e imaginерías de los huilenses de tiempos pasados y de hoy, de ahí que todos los campesinos de la obra se sientan atraídos por su voz y por lo que dice, además de la sensación que deja en el lector al introducirlo en una atmosfera mística:

"Ñor Ignorancia había alzado el tono de su voz y leía un pasaje del Evangelio con su gramática correcta, sin que faltara la cita de capítulo y versículo. -"¡Se han airado las naciones y tu ira es venida, y el tiempo de los muertos para que sean juzgados, y para que des el galardón a tus siervos los profetas, y a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeñitos y a los grandes y para que destruyas a los que destruyen la tierra! -Apocalipsis, 11: 15-18". Atraídos por aquella voz, los campesinos rodeaban al Ñor." (Manrique Sánchez, 2005, pág. 103).

Con estos acercamientos a Ñor Ignorancia, se puede pensar que en realidad es “un auténtico profeta de la montaña.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 104) y que logra representar una gran parte de la cultura huilense.

Mardoqueo Rosillo: Este personaje geosimbólico del Huila, a diferencia de Ñor Ignorancia, representa la ciencia incipiente en la región, de tal manera que es uno de los primeros farmacéutas de Neiva que cobraba por sus servicios expresando los primeros atisbos de mercantilismo en el Huila. Las características físicas se corresponden con la figura arquetípica de los banqueros: hombre calvo, encorvado, barrigón, alto, muy bien vestido y con 60 años.

Este personaje al igual que Ñor Ignorancia conoce el manejo de las plantas pero su diferencia radica en que este las comercializa:

- “La voz del señor Rosillo lo reintegró del todo a la realidad y a la época:
- Me place venir a estas montañas en busca de las yerbas que entran en la preparación de mis píldoras antianémicas. A propósito: ¿sabía usted, coronel, que la xaxífraga del Divino Paracelso tiene aquí su réplica en el árbol de zazafrás?
El coronel asintió, sin entender bien de lo que se trataba y aun envuelto en la neblina de su divagar. Continuó el farmaceuta:
 - Y como el Divino Paracelso en Nuestra Señora de las Eremitas, también nosotros podemos encontrar aquí la campánula, la digital, la ruda, la febrífuga, la achicoria, el timol, la verbena, la zarzaparrilla, los líquenes, la hierba sanjuanera, el llantén y todas esas plantas que Dios ha creado para el alivio de nuestros dolores y quebrantos...”
(Manrique Sánchez, 2005, pág. 62)

Coronel Laurencio Gasca: Este personaje geosimbólico de *La Venturosa*, patrón de la hacienda La Buitrera, representa al huilense que tenía filiación con el partido conservador por lo cual el narrador lo describe a través de las riquezas que poseía, el tipo de esposa que tenía y la postura partidaria que defendía:

“señor de vastas plantaciones de cacao y café y no pocas riquezas en caballares y vacunos. Era primo de su mujer, doña Encarnación Vieda, señora muy piadosa y enojada de virtudes, que parecía adaptarse al carácter sin complicaciones del marido.

De los antiguos Gascas, este militar en retiro había heredado no sólo las riquezas sino los sentimientos tradicionalistas, que cuando la república advino, formaron la agrupación política que se denominó conservadora.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 46)

Dentro de las particularidades que tiene el personaje, se pueden evidenciar la complejidad de su naturaleza y las contradicciones que le generaron las guerras anteriores a la Guerra de los Mil Días como la de los Chancos, de ahí que su formación académica y

la situación social del país lo convirtieran en un conservador de filiación con tendencias liberales:

“El coronel Gasca, estudió humanidades en los colegios de Bogotá, pero el casamiento, que realizó a los treinta años, y las guerras, que le sorbieron el seso luego, lo sacaron de aulas y lo llevaron primero a los remansos del hogar y después al retumbo de los combates. Apenas pisando los umbrales de la adolescencia, estalló la guerra civil del 76 y, ardido de cólera contra el radicalismo y contra los desmanes de “las democráticas” que amenazaban su religión y sus tradiciones, se lanzó a la aventura con una cuerda de jóvenes aristocráticos y ricos, que balancearían el peso que del otro lado formaban los “alcanfores”, tan aristocráticos y ricos como los conservadores, pero borrachos de liberalismo y de enciclopedia, de los Derechos del Hombre y del Ciudadano y del Manifiesto Comunista de Marx y de Engels, que introducían al país los hermanos masones.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 46-47)

La evolución del personaje venturosiano no culmina con sus tendencias ideológicas, también en las afectivas que tenía con su hija Mariana:

“En el 1880 nació Mariana, punto final de aquella familia de Gascas, y aquella criatura morena y de grandes ojos garzos le abrasó el alma en ternuras y acabó por determinar su retiro definitivo de la política. Se entregó en cambio a una filosofía de amor y fraternidad, de la que hablaba con mucha frecuencia y en este terreno tuvo extravagancias que mi padre calificaba de “chifladuras”” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 47)

A pesar de que el Coronel le daba libertades a su hija que para la época eran liberales como el tomar decisiones por su propia voluntad, no dejaba de lado sus tradiciones de clase social:

“A pesar de sus doctrinas de igualdad y fraternidad, al héroe de Los Chancos se le volvía el estómago un helero de solo pensar que su hija, la hidalga de La Buitrera y heredera única del nombre antañoso de los Gascas, hubiese fijado los ojos del corazón en el hijo de un mayordomo y, aún peor, ¡en el Hijo del Mohán!” (Manrique Sánchez, 2005, pág.160)

Misia Benedita: personaje geosimbólico del Huila, caracterizado por el estereotipo de la mujer conservadora, de buenos modales, rica, devota, todo en un gran exceso, inclusive en sus virtudes virginales:

“La pudorosa dama lucía entonces su largo traje de paño azul profundo, cuya falda le cubría hasta los tobillos, y se tocaba la cabeza con un repelente sombrero de los llamados de tapia pisada. Su rostro era enjunto, sus ojos negros, pequeños y dulces; morena la color, alto el talle, enjunto de senos el pecho, lento y suave el hablar. Era virgen a los sesenta años” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 23)

Esta mujer casta y adecuada para la época evidencia los rezagos del fin de siglo que en la actualidad persisten adecuados a nuestra época, y el ideal de la mujer honorable en contraposición de la mujer indigna:

“Misiá Benedita era una señora muy discreta de palabras y honestidad, que se iba los sábados en la tarde a Guagua a contarle sus pecados de la semana al Padre Rada y hacer el mercado de obligación, para los mantenimientos. Se quedaba allí, en casa de unas parientes ricas tan devotas y recatadas como ella, comulgaba el domingo en la misa de cinco y desayunaba luego con chocolate y tamales. Seguidito se metía al mercado, acompañada de su buen criado Pantaleón, que llevaba los costales para el avío; visitaba los puestos, comadreaba aquí y allá, regateaba con don Gauna el precio de la carne y con don Leonidas el de la sal de terrón, y a las diez en punto almorzaba en la buena compañía de su parentela devota. Al filo del mediodía se apechaba nuevamente con la cuesta del Chontaduro, seguida de Pantaleón Collazos que arreaba los burros con los jotos, camino de La Venturosa, adonde llegaba al anochecido limpia de pecados mortales y olorosa a incienso y a tamales...” (Manrique Sánchez, 2005, págs. 22-23)

De esta manera el narrador refuerza el imaginario que se construye del personaje, poniéndole como criado a Pantaleón Collazos, el cual es descrito como un hombre “feo, y “timbico” de carate en el rostro y manos, montaba un alazán recién enfrenado, corcovetón y alebrestado” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 74) Dicha descripción

evidencia de una manera frenológica que los hombres cercanos a Misiá Benedita nunca dañarían esa imagen virginal construida por más de 60 años. En la actualidad el tema de la virginidad sigue siendo una virtud femenina dentro de los imaginarios huilenses, en especial en las zonas rurales.

Mariana Gasca: este personaje contra-geosimbólico, a diferencia de Misiá Benedita, es caracterizado por el narrador como: “una muchacha lindísima, de muy buena familia, rica” (Manrique Sánchez, 2005, pág.9) que amaba profundamente a Pepe Cuéllar o el Mohancito.

La vida de Mariana estaba cruzada por una leyenda gitana, según el Coronel Gasca, un antepasado de la familia se enamoró perdidamente de María Ana La Horca, hija de un jefe gitano. La pareja se fue a vivir lejos para disfrutar de su amor sin perturbaciones pero él no la volvió a encontrar porque se la habían llevado los gitanos para celebrar una ceremonia, de la cual no se encontró ningún cadáver, solo una loba gris junto a un bebé. Mientras se daba el diálogo entre el doctor Altamira y el Coronel Gasca sobre la leyenda familiar, el narrador Víctor Hilario siguió contando:

“Mi padre se quedó pensativo y a poco dijo, deletreando:
 -Ma-ri-Ana... Ma-ria-na... ¡Ajá!... ¡Por ahí va el rastro!... Entonces el nombre de Mariana...
 Gasca absolvió la duda con gesto maravillado:
 Pues eso es lo más curioso. Cuando se trató de escogerle nombre a la chica, a mi me gustó el de Mariana, por aquello de Francia y porque me sonaba... En eso coincidió mi mujer, pero aún ignorábamos la leyenda gitana. Dijérase que el Espíritu de las Generaciones me lo hubiera insinuado allá, en los secretos del alma...” (Manrique Sánchez, 2005, pág.41-42)

La construcción del personaje es muy interesante, ya que su dinámica evolutiva se da desde su ida a Bogotá, en la cual involuciona por perder su naturaleza, hasta cuando regresa a La Buitrera, en el cual evoluciona dado a que reencuentra su esencia huilense.

Estas dinámicas de transformación se evidencian claramente en su trato con el

Mohancito:

“... Pepe Cuéllar fue a saludarla, le miró con asco, con desdén, con cierta protectora superioridad de ama que lastimó el orgullo recóndito del Mayordomito. ¡Mariana no podía explicarse cómo había podido enamorarse de semejante rústico!” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 88)

Durante la guerra, su amor por el guerrillero José María Cuéllar, del cual se tenía una historia negra, no cesaba y sus cuestionamientos de clase se profundizaban.

Momentos antes de la pérdida de la batalla de Matamundo, se encontraron los enamorados en la catedral de Neiva y su leyenda gitana se vivificó en María Ana La

Horca

“Entonces pensó en cosas absurdas. Por ejemplo, en atropellar las conveniencias, y a la tradición, y al recato, y a la religión, y a los padres, y a las amistades e irse con Pepe Cuéllar, “así no más”, a vivir escondiendo su amor en los breñales, en lo más espeso de una montaña, para que él se saciara y ella se saciara, y entrambos fueran hartos de amor, hartos de las mieles del Himeto...” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 192)

Como oposición al estereotipo de mujer de la época, el cual oscilaba entre las categorías del liberalismo y el conservadurismo, se encuentra el de la mujer que no defiende ninguna de las dos banderas y que por naturaleza proclama la liberación femenina, escándalo para las mujeres santonas como Misiá Benedita:

“Mariana nació tan libre como sus libres montañas. Como andaba casi por la misma edad con Pepe Cuéllar, con él fueron sus primeros juegos, él la cargaba “al tum-tum” y él le enseñó a tenerse tiesa en una montura de hombre, como un caballerito, a horcajadas, con gran escándalo de las santonas de la comarca que juzgaban aquello muy pecaminoso. En cuanto la chica cumplió los diez años, se le envió de interna al Colegio La Presentación de Neiva. Allí debía recibir esa inútil educación de antaño, sin miras a ninguna profesión liberal, porque la fatalidad de su destino debería desembocar en el matrimonio, aspiración suprema de los padres antiguos...” (Manrique Sánchez, 2005, págs. 48-49)

A pesar de que en la época no era común que las mujeres huilenses accedieran a la educación y mucho menos que aspiraran a ser profesionales, Mariana tuvo la oportunidad de tener unos padres con pensamientos de vanguardia, los cuales respetaban su voluntad de casarse, educarse y amar:

“Afortunadamente para Mariana, no eran de este parecer su padre el coronel Laurencio Gasca, ni su madre doña Encarnación Vieda. En cuanto se tocaba ese punto de obligada conversación en las visitas de antaño, ahí teníamos a los dos viejos defendiendo la santa libertad de escoger que tendría la hija en cuanto estuviese en edad de merecer...”

Del Colegio escribía la Madre de San Juan que su carácter era voluntarioso, desparpajado, altanero...

De mala gana hizo la primera comunión y de mala gana asistía a los ejercicios espirituales y a las innumerables misas y fiestas religiosas en que gastaban el año lectivo las piadosas mujeres. Hubo que traerla de nuevo a sus nativas montañas, en donde siguió floreciendo libre y pura como las siemprevivas de La Venturosa.” (Manrique Sánchez, 2005, págs. 48-49)

El escritor al hacer un retrato de los estereotipos sociales de la mujer a través de Misiá Benedita y Mariana, propone una transgresión sin facción partidaria de las convenciones sociales relacionadas con las buenas costumbres, en medio de una realidad de violencia y censura, por lo cual se da vía libre a que se reflexione el papel de la mujer dentro de la sociedad y la época.

Claudina Bahamón de Sánchez: personaje nombrado para caracterizar la Neiva de esa época y la añoranza que la clase alta tenía de los títulos nobles que sus antepasados se habían jactado de poseer. Este personaje geosimbólico permite evidenciar la percepción que “la gente de primera” tenía de las nuevas generaciones y su actuar en las fiestas sanjuaninas y sampedrinas, de tal manera que el narrador la describe como:

“señora venida a menos que paseaba su pucho ambiloso de uno al otro lado de la boca, chupada y enjunta de arrugas por la privanza de dientes y molares. Sus ojos apagados se paseaban maliciosos sobre las mozas y mozos que ella consideraba indignos de figuración entre la gente de primera. Con su acento dejetivo, marca identificadora de la tierra, la vieja tijereteaba a los entremetudis.

-¡Chaaay...! ¡Caricho...! Pero cómo está de revuelta la sociedadaaa...!
En mis tiempos...

Y a punto seguido venía una larga lista de personajes linajudos de sus tiempos. Decíase que doña Claudina fue otrora una dama de postín, que alardeaba pergaminos y hasta de un escudito nobiliario perdido entre la maraña de muchísimas generaciones “venidas del otro lado del charco”. Las guerras habíanle quitado el marido y la hacienda; la pobreza, sus blasones; el tiempo, sus encantos, y todo eso reunido sus finuras sociales, y ahora añoraba su edad de oro prendida a las ventanas de don Solón, y se desquitaba, ¡la sin ventura!, cortándole la mortaja a la nueva sociedad.” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 81)

Los geosimbólicos venturosianos se pueden reflexionar desde la relación entre la literatura, la región y la cultura, comprobando que la riqueza cultural del Huila está en las leyendas, la fauna, la flora, la historia, y su gente, elementos que a través de la globalización, han perdido su valor de uso o simbólico, por el del valor de cambio o mercantil, evidenciando que la recuperación y difusión de la obra literaria sería un aliciente que revestiría de un sentido épico, la realidad huilense.

Referencias

- Acevedo Tarazona, A., & Malte Arévalo, R. H. (Octubre, 2014). La vida en tiempos de guerra: los relatos de Enrique Otero D'Costa sobre la guerra de los Mil Días. En J. E. Elías-Caro (Presidencia), *La historia en la literatura y la literatura en la historia Latinoamericana y Caribeña*. Simposio llevado a cabo en el Congreso Internacional de Historia y Literatura y la conmemoración del centenario de la llegada del poeta Julio Flórez a Usiacurí, Barranquilla-Usiacurí, Colombia.
- Acosta, C. E. (05 de Abril de 2014). Biblioteca del Banco de la República. Obtenido de Biblioteca del Banco de la República:
www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/abril-2014/rema-rema
- Ainza, F. (1996). Nueva novela histórica y relativización del saber historiográfico. *Casas de las Américas*, (202) 9-18.
- Curcio Altamar, A. (1957). *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: COLCULTURA.
- Díaz Rosero, Y. (2012). *Panorama historiográfico: El Huila y su literatura*. Neiva.
- Flórez, L. (09 de mayo de 2015). Biblioteca digital Caro y Cuervo. Obtenido de Biblioteca digital Caro y Cuervo:
http://www.bibliodigitalcaroycuervo.gov.co/122/1/TH_03_123_338_0.pdf
- Giménez, G. (1999). Territorio, culturas e identidades: la región socio-cultural. *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 25-57.
- Guebelly, J. (1987). *Soledad y orfandad del hombre moderno en la poesía huilense*. Neiva: Universidad Surcolombiana.
- Jaramillo, Castillo, C.E. (1989). La guerra de los Mil Días. 1899-1902. En A. Tirado Mejía. (Ed.), *Nueva Historia de Colombia – volumen I* (p.p. 89-112). Bogotá: Planeta

- Lasso, L. E., Forero, C., & Silva, C. (2008). Ramón Manrique Sánchez: El último Liberal Radical. En L. E. Lasso, Huila: 100 años no es nada (pág. 185). Neiva: Universidad Surcolombiana.
- Lozada, F. R. (2007). Literatura huilense. Neiva: Fondo de autores huilenses.
- Manrique Sánchez, R. (2005). La Venturosa. Neiva: Trilce Editores.
- Manrique Sánchez, R. (2013). A sangre y fuego. Bogotá: Libros y Letras.
- Monroy Zuluaga, L. (s.f.).
- Moreno, D. (1995). Estado Soberano del Tolima, personajes en su historial. Neiva: Diseño.
- OPN. (14 de Junio de 2015). Obtenido de <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/bolivien/07246.pdf>
- Ospina, W. (2014). Pa que se acabe la vaina. Bogotá: Planeta.
- Ríos Osorio, J. A. (2005). Huila Centenario. Bogotá: Panamericana Formas e Impresos S.A.
- Rama, A. (1982). La novela Latinoamericana: 1920-1980. Colombia: Procultura S.A
- Sánchez Suárez, B. (1987). Narrativa e Historia: El Huila y su Ficción. Neiva: Fundación Tierra de Promisión.
- Sánchez, R. (1996). Ramón Manrique Sánchez: la defensa de la civilización occidental. En B. Tovar Zambrano. (Ed.), *Historia General del Huila - Volumen 5* (pp. 208-210). Neiva: Diagramación y artes.
- Torres, W. F. (2000). Amarrar la burra de la cola. Neiva: Universidad Surcolombiana.

Anexos

Aproximación biográfica a Ramón Manrique Sánchez

“Cada hombre es un mundo, y cada pueblo es un mundo y cada nación es un mundo. ¡Hombres, pueblos, comarcas y naciones son el resumen de mundos y universos que desaparecen en cuanto llega la Muerte!...” (Manrique Sánchez, 2005, pág. 165)

A pesar de los precarios estudios sobre la biografía de Ramón Manrique Sánchez, este acercamiento biográfico es posible gracias a *Literatura Huilense*, Tomo II de *Huila: Cien años no es nada, Historia General del Huila, Huila Centenario y Estado soberano del Tolima. Personajes en su historia*. Con el fin de realizar una aproximación a la vida de Ramón Manrique Sánchez desde lo humano y lo literario, se retomará el texto de Ángel Rama *Diez problemas para el novelista latinoamericano*.

En la Colombia convulsionada de fines del siglo XIX, donde las pasiones políticas eran las lluvias que humedecían los campos y las ciudades del país, las familias colombianas seguían creciendo. En Garzón, uno de los pueblos más conservadores del Estado Soberano del Tolima, la familia de don Ramón Manrique Silva e Isabel Sánchez, seguía cultivando la esperanza de la vida, ahora en su hijo.

En medio de los avatares de la futura guerra civil en Colombia, Ramón Manrique Silva, fue un hombre promisorio del Tolima Grande, ya que fue presidente del Tribunal Superior del Estado del Tolima en 1881, Procurador General del Tolima y luego

Presidente del Estado en 1883. En medio de los ires y venires de las épocas *nuñistas*, se casa el 21 de enero de 1884 con Isabel Sánchez, oriunda de Villavieja. Después de los 25 años de existencia del Estado Soberano del Tolima y ocho de la disolución del Tolima Grande en dos Departamentos, Huila y Tolima, nace “... en la ciudad de Neiva el 11 de enero de 1894³ don Ramón Manrique Sánchez, periodista y novelista notable, autor de *La Venturosa*” (Moreno, 1995, pág. 259).

Al igual que sus antepasados, el escritor vivió en un contexto agitado por las influencias de la Revolución Rusa de 1917, con la entrada del comunismo a Colombia en 1930, además de la injerencia de las sociedades modernas e industriales del siglo XX, contexto que caracterizaría su acercamiento-distanciamiento con el entorno. Su origen de abolengo le permitió estudiar “la primaria en la escuela pública y los cuatro primeros años de bachillerato en el colegio nacional Santa Librada de Neiva; luego pasó a la Normal Superior de Bogotá, en donde obtuvo el grado de institutor” (Ríos Osorio, 2005, pág. 219)

La escritura de Manrique Sánchez oscilaba entre la narrativa y el periodismo, en algunos casos favoreciendo el pensamiento social cristiano del momento, tal como la acumulación de la riqueza, la corriente liberal del trabajo y la defensa de la civilidad

³ Según la biografía que aparece en la solapa del libro *A sangre y fuego* editada por Libros y letras, en el 2013 a cargo de su hijo Ramón Manrique Focaccio, el escritor nació en 1900.

contra la entrada del comunismo internacional. En otras ocasiones refrescaba la memoria del país con denuncias literarias y periodísticas tal como lo señala Forero y Silva

“El autor, en diálogo con el camarada Simón Quintero, un amigo suyo vendedor de periódicos, le aclarará a éste que, si bien no conoce el idearium escrito del partido comunista como se lo reprocha, sí concibe sus hechos propios en el país, por lo cual señala que, al respecto, se encargará de contar lo *que ha visto, lo que está viendo y lo que desgraciadamente no quieren ver algunos colombianos obcecados*” (2008, pág. 131)

La mayoría de sus producciones hechas fuera de la región, tuvieron un gran interés en rescatar el lenguaje poético y las costumbres del Huila; por ello su preocupación en mostrar las responsabilidades de las guerras en Colombia, lo llevaron a escribir *Bajo el signo de la Hoz* (ensayo) en 1937; *Barranquilla y su gente* (ensayo); *Los presidenciables* (semblanzas); *Cartagena y su gente* (ensayo); *La Venturosa* (Novela) en 1947; *A sangre y Fuego* (Reportaje del 9 de Abril) en 1948; *Los días del terror* (novela) en 1955; *Cartagena de América: Invasión por el Pacífico* (novela no publicada); *Antioquia y su gente* (ensayo); *Bogotá y su gente* (ensayo). Entre su producción se encuentra el periodismo que ejerció a temprana edad en Neiva, Girardot, luego en Bogotá en *El Tiempo* y *El espectador*, y en Barranquilla en el tradicional *Heraldo*, *La Prensa* y *El Nacional*, en esta medida se puede evidenciar que Manrique Sánchez fue

“... el hombre que rescató el lenguaje poético y las costumbres de nuestro pueblo, el que nombró lo innostrado, el que aclaró verdades desconocidas, el que tuvo discusiones fuertes con la falsa Historia, el de la imaginación notable, capaz de crear los —Wolfs-Man— para intentar explicarse la sed de violencia que nos caracteriza, el hombre hecho de esencias, anclado en la línea que vincula a Gaitana, Zapata, Rojas Garrido, y Reynaldo Matiz, de cuya herencia hace gala el autor, es un hijo pródigo de la región quien, luego de emigrar hacia otras ciudades...” (Lasso, Forero, & Silva, 2008, pág. 130)

Las discusiones fuertes del momento fueron asumidas por Manrique Sánchez desde la escritura y el periodismo, generando opinión y posiciones frente a la entrada del comunismo en Colombia tal como aparece a continuación:

“De esta manera es como Ramón Manrique plantea la mirada sobre las dos caras que tuvo la inserción del comunismo en Colombia, haciendo énfasis en el ambiente hostil que se generó luego de la década del 30, cuando La hoz y el martillo eran los únicos signos de salvación, e insistiendo que *El simple hecho de llevar una cruz en el pecho, -como la llevamos tantos- era motivo de sentencia de muerte*” (Lasso, Forero, & Silva, 2008, pág. 132)

En la época esas posturas lo convirtieron en un reaccionario dentro de las corrientes liberales que simpatizaban con el comunismo, de tal manera él se defendía con estos argumentos:

“Reivindico para los liberales de sangre el título, que los izquierdizantes han querido que sea ominoso, de reaccionarios. Desde algunos años atrás se han entronizado en este país la tiranía de los adjetivos, y de esta manera decirle “reaccionario” a un liberal que combate la dictadura inconsciente de las masas, es igual que si se le declarara leproso. Sí, el liberalismo debe reaccionar contra todas las tiranías: las de abajo y las de arriba, y contra el odioso privilegio de ceder a la guachafita y al motín el derecho de disponer a su amaño de vidas y haciendas. Para asumir estas actitudes de “reaccionarios” hay que ser liberal de verdad y perderle el miedo a la impopularidad” Manrique, S. R. (Citado por René Sánchez, 1996)

En el caso de la guerra civil de los Mil Días y la pérdida de Panamá, momentos que ya habían pasado, se evidenció su preocupación por contar qué era lo que pasaba en cuanto al momento político, las afectaciones directas e indirectas en los estratos sociales y mostrar al ser humano desde su complejidad y fragilidad.

Este último liberal radical, al que le molestaba el señalamiento que hacía el Gobierno conservador a los campesinos, aldeanos, comerciantes y ciudadanos del común, de ser liberales y comunistas, sin distinción alguna, según la investigación de Rios Osorio, tenía muchas capacidades intelectuales y pedagógicas para abanderar situaciones políticas y educativas, dado a las siguientes características y evidencias históricas:

“Sus conocimientos y concepciones de las cosas, su claridad y elocuencia al plantearlas, lo convirtieron pronto en concejal de Girardot y luego senador de la República.

La vocación por la pedagogía y su idónea formación en la materia lo llevaron a ser nombrado Inspector Nacional de Educación, cargo en el cual cumplió una tarea importante” (Rios Osorio, 2005, pág. 219)

Las diferentes capacidades de Manrique Sánchez se materializaron en hechos políticos y escriturales, direccionándolos hacia la oposición del comunismo y de la reducción de los actos exaccionarios de la clase dominante colombiana, ya que los consideraba la llave para la entrada del comunismo al país. Quizá fue el único o uno de los pocos escritores del siglo XX que logró retomar los geosímbolos más representativos del Huila y los pudo novelar estéticamente, fue como muchos escritores huilenses un hijo olvidado del Huila, ya que luego de emigrar hacia otras ciudades tuvo que vivir bajo el rigor de ejercer el periodismo y la literatura a la vez. Muere en Bogotá a la edad de 71⁴ años, dejando un legado poco explorado sobre la historia, la ficción y las leyendas, en una literatura claramente huilense.

⁴ Las fechas de la muerte del escritor son variables, según *Huila Centenario*, Ramón Manrique Sánchez murió en Barranquilla el 24 de abril de 1965. Según Ramón Manrique Focaccio, hijo, murió en Bogotá en casa de su hermana Helena, el 22 de enero de 1962.

Sinopsis de *La Venturosa*

Al general José Cuéllar no lo mataron, él desde las profundidades del Magdalena y de la región, sigue en la clandestinidad con la Candileja, la Madremonte, el Taitapuro, la Patasola, el Poirá y el Mohán, esperando el momento justo para resistir, para ganarle la gran batalla al olvido y devolverles la esperanza a los campesinos y al río.

El territorio huilense tiene una gran historia que no ha sido revelada al mundo; sus historias aún siguen escondidas bajo el follaje de *La Vorágine* y muchos de los escritores del Huila son ignorados, pero es *La Venturosa*, una de las novelas que retrata al huilense en sus páginas, poco conocida, la que nos permitirá reflexionar sobre el ser huilense, las tradiciones de nuestros antepasados, las leyendas populares y la historia no oficial de la Guerra de los Mil Días. Conocer la obra es fundamental para fortalecer la emancipación *identitaria* de los huilenses y adentrarnos en el mundo de la historia mística.

Al inicio de la novela encontramos un prologuillo hecho por el mismo Ramón Manrique Sánchez, por medio del cual nos sumerge en una atmósfera de imparcialidad histórica, entrelazando de una forma magistral la ficción con la realidad. Este preámbulo permite entender la relevancia de las leyendas regionales en la inspiración literaria y visual, posicionando a las entidades teogónicas propias de la región como La Candileja, La Madremonte, El Taitapuro, La Patasola, El Poirá, El Mohán, entre otros, dentro de la

representación de la condición humana. Las construcciones legendarias no se pueden entender por fuera de los ecosistemas propios de la región, las costumbres de sus pobladores, el sociolecto usado por los campesinos de finales del siglo XIX y principios del XX.

A continuación, nos perderemos en el diálogo de Don Víctor Hilario Altamira y el narrador incógnito desde su paso por “Los Dujos”, a través de seis capítulos que nos permitirán vivir en épocas pasadas y en cruentas batallas cerca de Matamundo.

En épocas en que las supersticiones se mezclaban con los avisos de la naturaleza y que los trasgos mantenían la paz de La Venturosa, La Buitrera y Guagua -actualmente Palermo-, sucedió que el Mohán se fijó en una campesina llamada María Caviedes esposa de Pedro Cuéllar, la cual daría para la guerra un hijo mítico de resistencia y lucha, José María Cuéllar. Por ello escuchar con atención el relato de la imaginación popular del Huila sobre la leyenda demoniaca del hijo del Mohán, tiene que hacerse con el mayor respeto que exigen los espantos.

Mientras en La Venturosa, casa patronal en cabeza del Doctor Víctor Hilario Altamira, vivían trabajadores liberales poco ilustrados como María Caviedes, Pedro Cuéllar, Ñor Ignoracia y Pepe Cuéllar, entre otros, en la Buitrera, casa patronal del Coronel Gasca, vivían conservadores como la esposa del General y su joven hija Mariana

Gasca. Era la paz inquebrantable entre estas dos casas la que daba lugar dentro de la cotidianidad a las fantasías, creencias y misterios.

Por medio de la ironía de los dioses selváticos y los espíritus ocultos, la convivencia entre liberales y conservadores se daba de buena manera a través de la amistad del doctor Víctor Hilario Altamira y el General Gasca, quienes discutían en sus tiempos libres sobre las supersticiones y la religión. A la par fluía entre algarrobos, la corriente del San Cayetano y Los Blanquitos, un amor truncado por las convenciones sociales entre el mítico guerrillero de la batalla de Matamundo, Pepe Cuéllar, y la legendaria “gitana”, Mariana Gasca de La Buitrera.

El Mohancito, como también le llamaban al mítico hijo del Mohán, trabajó para el doctor Víctor Hilario Altamira, quien lo instruyó en gramática y ciencia. Mariana Gasca, hija única del Coronel Gasca, estudió en La Presentación de Neiva y en Bogotá, pero era libre como las montañas y de carácter voluntarioso, lo que le hizo abandonar las dos instituciones. La amistad entre las dos haciendas estaba por encima de los intereses y odios políticos; por ello, los años fueron pasando en serenidad y los jóvenes de las haciendas crecieron a la par del amor, ese sentimiento tan indefinible pero tan humano.

La joven de un espíritu tan libre, siempre llegaba como un viento fuerte y arrasador a La Venturosa para vivir travesuras, bajar madroños, comer chontaduros y coquetearle al mohancito. El mozo, a pesar de su condición social sentía muchas cosas

por la señorita Mariana, tanto que se le hacía un nudo en la garganta cada vez que quería declararle sus sentimientos. Todo empeoró cuando Mariana tuvo que irse para Bogotá.

A pesar de que en la comarca vivía gente que había estado en las continuas guerras civiles y que prefirieron irse al campo a alimentar la imaginación con las consejas para dar paso a noches largas y llenas de asombros, arrenuncios y persignaciones, la tranquilidad indeclinable de la Venturosa, se refractó con las profecías de apocalipsis que Ñor ignorancia, profeta de las montañas, daba cada vez que leía el Apocalipsis y predecía el futuro del hijo del Mohán.

El 23 de junio de 1899 los aromas de la hecatombe se mezclaban con las alegrías sanjuaneras, los instrumentos traían la felicidad entre el copleo y los coros de “iiiiii... San Juan...” y la respuestas al unísono de “san juan”, el asado tradicional bien adobado era lo que avivaba el paladar de todos los presentes. El final de las fiestas llegaba con juegos, paños de agujas y pañuelos de “rabo de gallo”.

En las casas patronales los bailes sampedreros hacían huir a los trasgos perseguidos por la alegría. En la Venturosa todos hacían el ritual de la matanza de las lechonas, compartían aguardiente, mistela y bizcochuelo y se perturbaba la paz con la futura llegada del apocalipsis. En Neiva, los jóvenes se coqueteaban, las muchachas chismorreaban y los liberales se reunían para conspirar contra el gobierno conservador de Núñez, que si este había dicho ¡Regeneración o muerte!, ellos gritarían ¡Vencer o morir!.

Por ello el campoalegruno Paulo Emilio Bustamante hizo el pronunciamiento en la casa de Don Solón, hombre adinerado de la ciudad, exhortando a todos los liberales sobre la necesidad de unirse a las tropas de Ibáñez y Caicedo Rocha para ayudar a Avelino Rosas, veterano de la independencia de Cuba, e invadir el Cauca, avanzar hacia Panamá y encontrarse con Uribe Uribe e invadir por la Costa⁵.

Mientras todos celebraban, comían, bailaban, compartían, cantaban, y enamoraban, la melancolía carcomía el corazón del mohancito: el amor por Mariana, al sentir su ausencia, lo llevaba a la tristeza más grande.

Las fiestas sampedrinas pasaron y la conspiración se concretó en la Venturosa, casa del Doctor Altamira, entre las quejas de Don Pompilio por los empréstitos de guerra, emisiones clandestinas y asuntos del Banco Central y los anuncios que hizo el giganteño Poveda sobre la llegada de Avelino Rosas por los llanos, y la de Uribe Uribe con armamentos de Nueva York; argumentos que convencieron a Don Aparicio que venía de Yaguará, Don Solón de Neiva, el doctor Perdomo de Villavieja, el doctor Cuéllar de La Manga, don Aristóteles de Aipe, el doctor Tulio A. Forero de Purificación y don Cicerón de San Juanito. Aunque a esta reunión no se había invitado a ningún conservador, fue Doña Benedicta, mujer conservadora y muy católica, la que intentó en vano espiar.

⁵Este registro no es encontrado en los archivos de La Academia de Historia Huilense.

Después de las fiestas, llega Mariana de Bogotá muy creída y desdeñosa con todas las personas incluyendo al Mohancito, que ahora le parecía rústico, pero esa actitud no le duraría mucho, porque se dejaría perfumar de nuevo por los aromas del verdadero amor y el carisma de la gente del Huila.

El huracán se ha posado sobre ciudades antiguas y desaparecidas, los trasgos en las ensoñaciones se han encendido en la Guerra de los Mil Días. Todo ha empezado con la profanación sagrada al hijo del Mohán, en la batida militar que se había llevado a los hermanos de Pepe Cuéllar durante la minga en casa de Manchola -esta cogienda se amparaba en la ley de levas y la necesidad de acabar los movimientos revolucionarios de Avichinte, Trapichito, Alivio, Hilarco y La Crinolina-.

El incidente que fracturó la paz de La Venturosa indujo a Pepe Cuéllar para que hiciera su pronunciamiento pavoroso de ir a la guerra, a pesar de que ésta no se hubiese declarado. Desde ese momento dejaría de ser el Mayordomito Pepe Cuéllar de La Venturosa para ser el General José María Cuéllar, general de una imagen cubierta por míticos perfumes de fantasía que la facundia popular le había creado, porque de él se decía que había convertido en piedras a su ejército para no ser derrotado por Rivera en el Cogote, que se sabía la Oración del Justo Juez, y que manejaba conocimientos de los espíritus ocultos... Aun así, el hombre-leyenda añoraba los días de la paz cuando recordaba los ojos verdes de Mariana en la Buitrera.

Empezaba la guerra de los Mil días originada en el 85, madurada en el 95 y desatada en el 99. Al igual que el pronunciamiento de Bustamante y el del General José María Cuéllar, Vicente Carrera dio el primer grito de rebeldía en el norte del Tolima, la imprudencia de Vicente Carrera dejó que su tropa vencedora y ebria, sirviera de tinta para que el General Gallo, conservador, tiñera con sangre liberal las calles de San Luis.

Paralelamente David Tovar alzaba la rebelión desde Girardot hasta el norte de Aipe con Losada, Terrón, Marín, Varón, Caicedo Rocha, Castillo, Rodríguez, Arenas, Ardila, Aguilar, los hermanos Bustamante- Paulo Emilio y Ricardo- contra los conservadores Manrique, Perdomo, y los hermanos Riveras en “La Crinolina”, sobre el claro río de Ambicá. Mientras la guerra arrebató destinos, David Tovar se entera que Vicente Carrera y su tropa fueron asesinados ignominiosamente asunto que lo lleva a vengar la muerte de su amigo.

Fueron tres días de horrenda lucha hasta que, atascada la máquina de fabricar cartuchos, los revolucionarios se replegaron hacia la cordillera en busca de refugios más seguros contra fuerzas diez veces superiores. Los soldados bogotanos que nada sabían de estos artilugios comunes a los ríos y a las llanuras tolimenses, sintieron, con todo, un friecillo extraño que les erizó el vello de brazos y piernas y los pelos de la cabeza, mientras nativos y llaneros se cruzaban literalmente la frente, la boca y el pecho con los signos de la persignación. La tarde iba cayendo y la zozobra aumentaba.

Los vaivenes de la guerra nadie los predecía y los únicos testigos que abrazaban los cuerpos inertes del furor faccioso eran los ríos Magdalena, Suaza, Paéz, Riofrío, Neiva, Majo, Rioloro, Riolorito, Danzante, Guandinosa, La Honda, Baché, Las Ceibas, Guacirco, Río Aipe, Fortalecillas, Bateas, Río Villavieja, Cabrera, Saldaña, Coello, Chenche, Combeima y Río Bogotá.

Los próceres liberales Bustamante e Ibáñez, le contaban a Rosas las leyendas que se tejían alrededor de la figura de Pepe Cuéllar y transgredían el velo de la fantasía que se había tejido del General José María Cuéllar con la jocosa historia de las coyas en San Nicolás. Al otro día marchaban todas las tropas de Rosas, Tovar, Bustamante, Cuéllar y las demás hacia Trapichito, pero la tropa de Bustamante se quedó en Neiva promoviendo lo que sería llamado por la historia la batalla de Matamundo el 20 de Marzo de 1900. Mientras todo el furor de la Guerra de los Mil Días se iba desenlazando en el Tolima y el Huila, en La Venturosa ignoraban lo que estaba sucediendo en Neiva... Sólo especulaban sobre el fin del mundo y el apocalipsis, tan profetizado por ñor Ignorancia.

Las tropas de Bustamante fueron sacadas de las calles de Neiva hacia el cerco de Matamundo, cuando el quinto jinete del apocalipsis venía a ayudar a Bustamante desde la cordillera Oriental, exactamente desde el Avichinte. Ibáñez al ver los rayos que deslumbraban del machete del Mohán desde Peñón Redondo, se convenció que era hijo del mandinga y decidió unirse para ayudarlos. Todo sería en vano: el agujero de mala

suerte había caído en las tropas liberales. Doña Encarnación, suegra del General José María Cuéllar, había muerto por los tajos de la guerra.

Cuando la batalla de Matamundo se había consumado en una derrota, el amor entre el guerrillero José María Cuéllar y Mariana Gasca, se consumó en el fondo del río Magdalena, mientras el llanto de un recién nacido mecía las olas de la inmensa profundidad.

Vita

La directora del trabajo monográfico *Geosímbolos venturosianos en el Huila* Yineth Angulo Cuéllar nació en Neiva- Huila, hizo sus estudios de pregrado en la Universidad Surcolombiana y realizó trabajos académicos en la revista Región y Cultura, se especializó en comunicación y creatividad para la docencia. En la actualidad guía la cátedra Riveriana, Agustiniana y Huilense en la Universidad Surcolombiana.

La realizadora de la monografía *Geosímbolos venturosianos en el Huila* Nayibe Anacona Aldana nació en Valledupar-Cesar, hizo sus estudios de pregrado en la Universidad Surcolombiana y realizó un intercambio académico en la Universidad Nacional de La Plata en Argentina.